BRUGUERA
BOLSILIBROS
TERROR

SELECCION TERROR

Ada Coretti



LA GUADAÑA DE LA MUERTE


BRUGUERA
BOLSILIBROS
TERROR
SELECCION TERROR
Ada
Coretti
GANE 1 MILLON
DE PESETAS
LA GUADAÑA
DE LA MUERTE



ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCION

599 — *No despiertes al demonio*. Clark Carrados.

600 — *La armadura de Lord Weey*, Ada Coretti.

601 — *El pacto con Loky*. Ralph Barby.

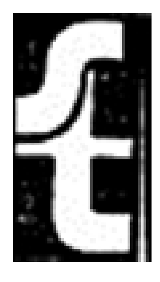
602 — *Preguntad en el infierno*. Silver Kane.

603 — *Sepulcral*, Curtis Garland.

ADA CORETTI

LA GUADAÑA DE LA MUERTE

Colección
SELECCION TERROR n.
° 604
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

ISBN 84-02-025064
Depósito legal: B. 1.687 - 1985

Impreso en España —Printed in Spain

1. ª edición en España: febrero, 1985
1. ª edición en América: agosto, 1985

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Camps y Fabrés, 5. 08006 Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona —1985

CAPITULO PRIMERO

¿Qué sensación debe experimentar una persona que sin pensarlo asoma su cabeza en un nido de avispas? Sin duda va a ser atacada de un momento a otro...

¿Qué debe sentir quien de pronto se vea poniendo el pie en tierra cenagosa? Una tierra que sin duda va a burbujear como una esponja apretada así que caiga la presa...

Pues algo así, o al menos algo muy parecido, fue lo que experimentó Mónica mientras conducía su coche por la carretera.

A sus oídos llegaba el cri-cri de los grillos del bosque, y la noche estaba llena de estrellas, y la luna brillaba esplendorosa, y todo hacía pensar que el mundo era maravilloso.

Por aquella zona, la localidad de Creenwood, había pocas noches así. Por lo regular las noches eran negras, sombrías, cargadas de bruma.

Doble motivo, pues, para que la muchacha se sintiera contenta. Doble motivo, evidentemente, para que se sintiera alegre y confiada.

Pero aquella sensación que había experimentado de un modo tan vivo, tan hiriente...

No quiso pensar más en el porqué de ese escalofrío que le había pasado por el espinazo, arriba y abajo, abajo y arriba. Era absurdo, totalmente irrazonado e insensato que se dejara llevar por temores y recelos que carecían de fundamento.

Se había escapado de la vigilancia de quienes se afanaban porque no le sucediera nada malo. Estaba cansada de no hacer lo que quería. Pero, bueno, su falta no era tan grave como para temer un castigo.

En realidad, estaba haciendo e iba a hacer lo que tantas veces había dicho y repetido que haría. Nada en particular. Bien mirado, una chiquillada. Pero una chiquillada que, desde luego, necesitaba hacer. Ya era demasiado tiempo sometida a las personas que no le dejaban dar dos pasos seguidos.

Había salido de la hermosa casa en que vivía, sin que nadie la viera, al menos así lo creía, y había cogido el coche dándole al acelerador. No se detendría hasta llegar al lugar en que se alzaba el lujoso Resplendency Hotel.

Le habían hablado mucho de lo bien que la gente lo pasaba allí, y quería, aunque sólo fuera por una vez, imitar a otros más afortunados.

En aquel hotel había juego. Juego autorizado. Ruletas que no dejaban de dar vueltas y más vueltas y que asimismo no cesaban de quitar el dinero a los clientes. A veces se devolvían, multiplicadas, las fichas colocadas en un número determinado. Como para impresionar al público pendiente de la caprichosa bolita.

Había esplendidos salones de baile. Donde, a menudo, algún rico comerciante o refinado aristócrata organizaba una fiesta a la que no había de

faltarle detalle.

Había también restaurante, por todo lo alto, y un bar surtido de los más exquisitos champañas, de los mejores whiskys y de los más añejos brandys. Y había, como no, dormitorios, incluso suites, donde no siempre eran matrimonios los que pernotaban.

Pero lo mejor de aquel hotel de las afueras, totalmente aislado, era, según se decía, que se hallaba muy cerca del mar, rozando la misma arena de la playa. Por lo que muchas de las parejas, después de jugar, de cenar y de bailar, paseaban abrazados mientras metían los pies en la espuma de las olas.

Algunas de esas parejas, cuando el mar estaba en calma, solían coger uno de los pequeños botes que había amarrados y remando se alejaban del litoral. No mucho, claro, pero lo suficiente para que la distancia resultara incitante.

Pues bien, Mónica deseaba jugar un rato a la ruleta, y beberse uno o dos whiskys y alejarse un poco de la costa en uno de aquellos botes de dos remos.

Es todo lo que deseaba hacer. No era pedir demasiado. Ciertamente no.

Pero esa sensación que había sentido y que como una flecha envenenada se le había quedado dentro, parecía querer dar al traste con la alegría de sentirse libre, totalmente libre.

De cualquier modo, intentó sacudirse de encima sus aprensiones y siguió conduciendo.

No tardó en llegar al Resplendency Hotel, que refulgía de luz en medio de las sombras de la noche, y detuvo su coche en la explanada donde había aparcados muchos otros vehículos.

Antes de entrar, Mónica miró a su alrededor. A un lado y al otro del hotel solo había costa. A pequeños trechos, una rocosa costa que luego, de inmediato, volvía a dejar paso a la fina arena.

Frente al hotel, al otro lado de la carretera, nada en absoluto. Sólo terreno llano, liso.

Aún no había entrado por la amplia puerta acristalada del hotel, tras la cual se veía el lujoso vestíbulo, con el mostrador de recepción a un lado y el ascensor al fondo, cuando

Mónica, que lucía un vestido de gasa de color verde claro, que por cierto le hacía un tipo precioso, respingó de mala manera.

Un coche se había detenido allí mismo, muy cerca de ella, y su ocupante, tras cerrar la llave de contacto, acababa de apearse.

Había reparado en ella y le clavaba su mirada. Se la clavaba en el cuello, con fijeza, con obstinación. Como si sólo su cuello le interesara.

¡Era un vampiro!

Al entreabrir los labios habían quedado a la vista sus amenazadores colmillos. Su rostro apareció blanco, espeluznante mente blanco. Se envolvía en una capa negra, de amplios vuelos.

Mónica retrocedió unos pasos, aterrorizada. Sin darse cuenta dejó atrás la iluminación que había en aquella zona de la explanada, quedando en una tenue penumbra.

Ella nunca había creído en vampiros, ni hombres lobo, ni en monstruos de ninguna clase. Pero ¡allí tenía un vampiro porque no podía dudar de lo que sus propios ojos estaban viendo!

El vampiro avanzó hacia ella. Se fundió en aquella semipenumbra.

—Necesito chupar tu sangre... —dijo tenebrosamente.

No cabía dudarlo, todo él estaba sediento, terriblemente sediento del manjar que apetecía.

Y Mónica volvió a retroceder otros cuantos pasos.

Instantes después, el vampiro, haciendo revolotear su ondulante capa negra, cayó sobre ella. No podía perderse aquella magnífica ocasión. Aquella presa era demasiado apetecible.

Cuando Mónica sintió los afilados colmillos rozando la piel de su cuello, fue entonces, sólo entonces, cuando atinó a gritar. Le costó un esfuerzo infrahumano. Pero ¡necesitaba que la oyeran los empleados del hotel! ¡Era preciso que la salvaran de aquel ser espantoso!

—Oiga, amigo, ya está bien de bromas... —se oyó la voz de un hombre.

—Bueno, bueno... —aceptó el vampiro dejando de acosar a la muchacha y poniendo cara de buena persona.

—Tranquilícese, señorita —dijo el joven alto y fuerte que había intervenido—, sólo se trata de un disfraz.

—Discúlpeme... —rogó el vampiro al ver que había asustado excesivamente a aquella bonita muchacha—. No creía que se lo tomara tan en serio.

—¡Oh, he sido una tonta! —se sofocó Mónica—. No sé cómo he podido imaginar...

—En los salones del hotel va a celebrarse un baile de disfraces —había de informarle poco después el joven alto y fuerte. El «vampiro» ya se había alejado—. De ello que, a partir de ahora, usted no debe asustarse ni aunque vea aparecer al mismo Lucifer.

—No, claro que no —dijo Mónica.

—Soy Errol Langg, el detective del hotel. Quedo a su disposición, señorita...

—Gellman. Mónica Gellman —había de añadir—. No sabía que los hoteles tuvieran su detective particular.

—No todos —indicó Errol Langg— pero éste sí. Dadas sus características especiales...

—¿Especiales? —preguntó ella.

—Está situado en un lugar apartado —dijo el joven, que vestía elegantemente, sin duda como le era exigido— lo que favorece la llegada de un personal no siempre correcto, ni discreto, aunque siempre, por descontado, adinerado. Un personal — puntualizó— que a menudo se emborracha y plantea problemas. Por lo demás, los hombres no siempre vienen con sus esposas, ni tampoco las esposas suelen hacerlo con sus verdaderos maridos. De todo ello, surgen imprevistos que...

—Me hago cargo —repuso Mónica.

—Supongo que espera usted a alguien —apuntó seguidamente Errol Langg.

—No espero a nadie —contestó ella.

—Ah.

Aquello no era usual, de ello que el joven detective se hubiera limitado a este breve comentario.

—Ha venido a jugar un poco —dijo Mónica.

—Le deseo suerte —contestó él.

No quiso ser entrometido, por lo que tras acompañarla hasta el interior del hotel le hizo una inclinación de cabeza y se retiró.

Mónica estuvo jugando a la ruleta, en la segunda planta del edificio. Y tuvo bastante suerte, duplicó la suma de dinero que llevaba destinada a tal fin.

De todos modos, pronto le cansó aquello y decidió ir al bar. Se sentía nerviosa. Lo cierto es que no terminaba de ser ella. Primero aquella angustiosa sensación en el coche, y luego la súbita presencia del «vampiro». Pero, bueno, sin duda se animaría de lo lindo en cuanto se tomara un whisky. O dos, porque llevaba pensado beberse dos, como mínimo.

Estaba ya al final del tercero, cuando vio de nuevo a su lado al detective Errol Langg. Se había acercado a la mesa.

La muchacha lo miró bien y la verdad es que por un momento vio a dos detectives.

Exactamente iguales. Lo que le hizo comprender que tres whiskys habían sido demasiado, se había excedido.

—Me parece que estoy un poco mareada —se disculpó al ver que incluso sentada se tambaleaba un poco de un lado para el otro.

—Esto me ha parecido —dijo él.

—¿Estaba pendiente de mí? —preguntó Mónica.

—Sí.

—Y me miraba... —sonrió.

—Es un placer mirarla —aseguró el detective—. Es usted una muchacha preciosa.

—¿De veras?

—No le quepa la menor duda. ¿Puedo sentarme? —solicitó.

—Bueno, siéntese si lo desea.

—Gracias.

—No me juzgue mal —dijo Mónica, mientras, lo quisiera o no, se le escapaba un hipo—

. He querido darme un gusto, ¿comprende? —Y sin necesidad de que se lo preguntara, deseó decírselo—. En mi casa nadie me deja hacer nada... Por mi propio bien, claro...

Todos me quieren mucho... Todos son muy buenos conmigo... Pero no me dejan hacer nada...

—¿Y eso por qué? —preguntó Errol Langg.

Mónica se llevó el vaso de whisky a los labios, bebiendo lo que quedaba.

—Están deliciosos estos whiskys... —comentó—. Ah, me preguntaba por qué... Pues, ya se lo he dicho, por mi propio bien, porque todos son muy buenos conmigo...

—Esas razones no parecen suficientes. Al menos explicadas tan someramente...

—Sí, hay algo más —asintió Mónica—. Y usted desea saberlo, ¿no es eso? Como buen detective es curioso...

—Sí, un poco —reconoció.

—Pues bien, yo no tengo inconveniente en que lo sepa... —empezó a decir la muchacha—. Se trata de que...

—¿De qué? —la animó a proseguir.

—No estoy bien de salud —dijo Mónica.

—¿No? —se sorprendió el detective—. Pues le aseguro que su aspecto es magnífico.

—Me desmayé hará cosa de unos seis meses. Hacía un calor excesivo en la habitación en que me hallaba, apenas había dormido la noche anterior porque había estado estudiando para presentarme a unos exámenes, y yo creí que se había tratado de una simple lipotimia, algo en realidad sin importancia. Pero me obscultó el doctor Mundigan, un buen amigo de la familia, y diagnosticó una dolencia cardiaca. Nada grave — puntualizó— pero iba a ser preciso que me cuidara. Y desde entonces, ahí tiene usted a todos los componentes de mi familia, tío, hermanastro, incluso a nuestro buen administrador, tan pendiente de mí, tanto, que me siento como prisionera... De ello que esta noche, harta ya de tanta vigilancia, me haya dicho: «De hoy no pasa.» Y no ha pasado...

—Me parece muy bien —repuso Errol Langg, diplomáticamente— pero ahora ya es hora de que regrese a su casa. Si debe cuidarse...

—Tomo unas pastillas —dijo ella—. Las llevo en el monedero, ¿sabe?

por si acaso. No tengo por qué preocuparme, me van muy bien.

—No, claro, no tiene por qué preocuparse —sonrió Errol Langg, pero volvió a la carga— . De todos modos, ya es tarde y lo más sensato sería que volviera a su casa. Como sea que ha bebido un poquito de más, me ofrezco a acompañar la. Así no tendrá que conducir.

—Es usted muy amable —la expresión de la muchacha volvió a ponerse alegre—. Se lo agradezco de veras. Pero no me iré de aquí mientras no haga una cosa.

—¿Qué cosa? Si puedo saberla.

—Cogeré uno de esos botes y remaré... No, no me adentraré mucho en el mar —se anticipó a la protesta que se veía venir—. Por lo demás, entérese, se nadar

perfectamente.

—El mar está muy tranquilo. Es una noche ideal para hacer lo que indica... Sin embargo, como sigue pareciéndome que ha bebido un poco más de lo debido, yo le sugeriría que aceptase mi compañía.

—No, no y no... —negó repetidamente la muchacha—. Lo haré sola...

Fue en aquel momento cuando un hombre de unos treinta años, pelirrojo, se acercó a la mesa.

—¿Señorita Gellman...? —preguntó.

—Soy yo —dijo la muchacha, asombrada de que alguien, allí, se dirigiera a ella.

—Necesito hablar con usted —y tras mirar de soslayo a Errol Langg—, A solas. Ha de ser a solas.

Mónica sintió algo extraño al mirar a aquel hombre pelirrojo. Desde luego había en sus ojos un miedo incontrolado. Como de quien se siente acorralado y sabe que no va a tener

muchas posibilidades de escapar.

—Dígame lo que sea. El señor... —indicó al detective- es un buen amigo mío.

—Ha de ser a solas —insistió el hombre pelirrojo. Pero debió temerse que alguien pudiera estar espiándolo y se apresuró a decir—: La espero dentro de quince minutos en la playa, junto al mar. No falte.

—Oiga... —quiso detenerlo Errol Langg.

No hizo caso y desapareció de allí como si el propio demonio en persona le estuviera persiguiendo. Antes de irse, no obstante, había pronunciado estas palabras:

—Es cuestión de vida o muerte, señorita Gellman. No solo para mí, sino también para usted.

* * *

Mónica necesitó un nuevo whisky. Y tras apurarlo se sintió, como es lógico, aún más bebida.

Tenía que esforzarse por disimular lo mareada que estaba. No quería causar mala impresión a aquel hombre tan apuesto, tan varonil, que parecía empeñado en ayudarla.

Y quizá no le viniera mal su ayuda, reflexionó. Pues desde que había salido de su casa todo eran sensaciones raras, sobresaltos, cosas extrañas las que le sucedían.

—¿No sabe quién es? —le preguntó Errol Langg, refiriéndose al hombre pelirrojo.

—Ni idea, se lo aseguro —dijo la muchacha.

—Parecía hablar en serio —repuso él, no queriendo que la muchacha se tomara aquello a la ligera.

—¿Usted cree...?

—Sí.

Todo hubiera acabado posiblemente de una forma muy distinta a no ser porque dos hombres, en la barra del bar, empezaron a discutir. Lo hicieron hasta encresparse y llegar a la violencia, lo que exigió que Errol Langg tuviera que intervenir.

—Señores, no vale la pena... —acababa de separarles—. Por favor, serenen sus ánimos.

No conduce a nada que pierdan los nervios.

Se apaciguaron enseguida. El altercado no tuvo, pues, la menor trascendencia. No obstante, cuando Errol Langg volvió a dirigirse hacia la mesa en que había dejado a Mónica, vio que la muchacha ya no estaba.

Había olvidado su monedero. Era todo lo que quedaba de ella.

¿Qué había sucedido?

Simple y llanamente, que Mónica había decidido bajar a la playa, coger un bote y remar. Desde luego, se había olvidado por completo del hombre pelirrojo.

Pero Mónica estaba muy bebida y en lugar de salir del hotel se metió en el ascensor y le dijo al botones que quería ir hacia arriba.

Al salir de allí se encontró, desconcertada, con que se hallaba en medio de un baile de disfraces.

El espectáculo resultaba vistoso, sugestivo, sumamente atrayente, de ello que Mónica, en lugar de dar media vuelta, se quedara observando lo que veía.

Y vio al «vampiro», con sus amenazantes y siniestros colmillos. Que

ahora sólo le hicieron esbozar una sonrisa. ¡Qué tonta había sido! ¡Asustarse por una cosa así!

En eso, de pronto, apareció un nuevo invitado. Era alto, muy alto.

¡Era la Muerte! ¡La Muerte con su guadaña...!

Mónica se estremeció hondamente, pero pensó, al instante, en que no tenía por qué inquietarse lo más mínimo. Aquello sólo era un disfraz.

De todos modos, la muchacha había de reparar en lo terriblemente afilada que estaba la guadaña, diciéndose que con facilidad, aún sin querer, aquel hombre podía herir a alguien.

No quiso dilatarse en otras consideraciones y decidió irse de allí. En realidad no tenía por qué estar en aquella planta. Nadie la había invitado a aquella fiesta.

Antes de retirarse reparó en que la Muerte la miraba desde el fondo de sus cuencas vacías...

No pudo evitarlo, se sintió envuelta en escalofríos. Pero respiró hondo, acumuló energías y echó a correr hacia el ascensor.

El ascensor bajaba y se detuvo en aquella planta. Y Mónica se metió allí dentro como quien se siente liberada de un gran peso.

Pocos minutos más tarde, ya en la playa, desamarraba uno de aquellos pequeños botes, enrollaba y metía la cuerda dentro, se sentaba en la tabla que hacía de asiento y empezaba a remar rítmicamente.

Un rato después, vio que el Resplendency Hotel se había hecho muy pequeño.

«Quizá me haya alejado demasiado», reflexionó.

De pronto se dio cuenta de que los whiskys le estaban jugando una mala pasada. Los párpados se le cerraban, se sentía caer de sueño.

Sin más, dejó los remos, se acurrucó en el fondo del bote y se durmió profundamente.

El hombre pelirrojo había bajado a la playa y esperaba que Mónica apareciera de un momento a otro.

Le urgía verla, decirle todo lo que sabía. Pero sospechaba que lo seguían y sentía miedo. Un miedo que lo pinchaba por todas partes y que le hacía estar temiéndose lo peor.

Junto a la espuma de las casi inexistentes olas, quedaba fuera del alcance de las luces del hotel. No sería fácil que nadie pudiera verlo, reparar en él. Eso le permitió respirar

más tranquilo, más aliviado.

Pero esa tranquilidad, ese alivio le duró poco al darse cuenta de que había sido seguido. No, no estaba solo.

Alguien acababa de surgir de pronto de detrás de uno de aquellos botes

amarrados en espera de que cualquier cliente se decidiera a utilizarlos.

¡Y ese alguien era la propia Muerte! ¡Con la guadaña entre sus huesudas manos!

—Un simple disfraz —murmuró para sí el hombre pelirrojo—. He oído decir que hay un baile de disfraces en el hotel.

Había querido tranquilizarse a sí mismo, pero no lo había conseguido. Por lo demás, a la Muerte no le importó identificarse... Debió considerar que, tal como estaban las cosas, podía sobradamente darse el gusto de hacerlo. Así que dijo:

—Soy yo... Supongo que reconoces mi voz...

El hombre pelirrojo se puso a temblar. Asintió maquinalmente. Luego tragó saliva, o al menos intentó tragarla, y aseguró:

—Callaré... No diré nada... No tiene usted por qué preocuparse... —balbuceaba de un modo lastimoso—. Reconozco que me ha tentado por un momento la idea de...

—Es tarde para rectificar —dijo la Muerte—. Tengo que acabar contigo.

La guadaña fue alzada, aunque no demasiado. Quedó a una altura intermedia. La Muerte la sujetaba por el mango con fuerza iracunda, exasperada, demoníaca, que por anticipado hacía presumir lo que se avecinaba.

—Piedad... —musitó el hombre pelirrojo, que en el paroxismo de su espanto, de su terror, no acertaba a otra cosa que no fuera a temblar.

—No puede haber piedad —sentenció la Muerte.

La guadaña trazó un endiablado semicírculo, a una velocidad absorbente, escalofriante, estremecedora. A esa altura intermedia que no había abandonado.

Y la hoja de la guadaña, de acero, corva, terroríficamente afilada, segó el cuerpo del hombre pelirrojo. Lo segó por la cintura, materialmente por la mitad.

El cuerpo quedó, pues, convertido en dos pavorosos, alucinantes y horripilantes trozos.

Dos trozos que, por unos instantes, se quedaron sobre la arena dando sacudidas.

* * *

El detective Errol Langg estuvo buscando a la muchacha. No, no estaba por ninguna parte. Ni en las salas de juego, ni en la planta que se celebraba el baile de disfraces, ni en el restaurante, ni en el bar. Lo dicho, en ninguna

parte.

No obstante, el coche de la muchacha seguía en la expía nada, aparcado frente a la fachada principal del hotel. Lo cual demostraba que no se había ido.

Recordó sus deseos de ir a dar una vuelta en uno de aquellos botes y salió a la playa a buscarla. Tal vez llegara a tiempo de evitar que cometiera una temeridad como aquélla, pues, dado lo bebida que estaba, nada más razonable y aconsejable que dejar el paseo para otra ocasión.

Ya en la playa, junto al mar, Errol Langg se convenció de que la muchacha tampoco se hallaba allí.

Pero allí, relativamente cerca, había alguien. Permanecía inmóvil sobre la mojada arena de la playa.

Se acercó a ver quién era.

Entonces se dio cuenta de que se trataba del hombre pelirrojo.

Su cuerpo, partido en dos, resultaba un espectáculo horrible, escalofriante. A pesar de estar acostumbrado a hechos violentos y desagradables, Errol Langg dio instintivamente un paso atrás.

Aquel horror, frío, gélido como el bisturí de un cirujano asesino, superaba todo lo que una mente humana es capaz de imaginar.

CAPITULO II

No hubiera sabido precisar en qué momento entreabrió los párpados. Por lo demás, tardó bastante en ver dónde se hallaba.

Al percatarse de ello, Mónica se sobresaltó. Esta vez con razón, dado que el mar debía haberla llevado vete a saber dónde.

Las olas aparecían simplemente rizadas, apenas inexistentes, ¿pero cuánto debía hacer que se hallaba a merced de su corriente? ¿Dónde estaría en esos momentos?

Era de noche. Afortunadamente, seguía siendo una noche estrellada, con luna. Lo que le permitió divisar que la costa estaba relativamente cerca.

No alcanzaba a ver el Resplendency Hotel. Era fácil sacar la conclusión de que había ido a parar muy lejos.

Se sentó en la tabla de madera y cogió los remos. Se trataba de no ir más a la deriva, era preciso dirigirse rectamente hacia la costa. Esto lo primero. Después ya h ría lo que considerara más oportuno.

Estuvo remando bastante rato, le costaba avanzar. Aquel profundo sueño en que había caído no había resultado nada reparador. Se sentía falta de fuerzas. Había hecho mal bebiendo tantos whiskys. Le serviría de lección.

Como fuera, terminó llegando a la costa y entonces salió del bote, cogió la cuerda y la enrolló a una roca. En aquella costa había abundantes rocas y no le costó encontrar una que le sirviera de amarre.

Después, alzó la mirada, deseando orientarse. Desde luego, no le gustó nada el desolado panorama con que se encontraron sus ojos. Tan desolado que se puede decir que por allí no había alma viviente, ni casa ninguna, ni nada de nada. El terreno, por lo demás, no podía ser más yermo.

Pero se había precipitado en sus juicios. A lo lejos se veía un viejo caserón. Un caserón que recortaba su silueta entre las sombras de la noche.

Mónica pensó, mientras iba avanzando, que aquel caserón tenía un aspecto muy tétrico, muy lúgubre, muy siniestro. Pero pensó que debía estar dejándose influenciar por la situación en sí. En realidad, aquel caserón era como cualquier otro.

En fin, llamaría a aquella puerta y pediría cobijo por una noche. Al día siguiente todo se solucionaría con facilidad.

Recordó al joven y fuerte detective del Resplendency Hotel, y se dijo que, de tenerlo a su lado, lo vería todo de muy distinta manera.

Bueno, no le quedaba otro remedio que resignarse a su suerte. Una suerte que, por lo demás, ella se había buscado con su inconsciencia e irreflexión.

Llegó junto al caserón, apreciando que allí todo permanecía a oscuras. Lo

que resultaba lógico dado la hora que debía ser. Sin embargo, ¿y si aquello estuviera deshabitado?

Era cosa de saber a qué atenerse e hizo sonar el aldabón, que encontró algo enmohecido. Llamó no demasiado fuerte para no asustar a sus ocupantes, si es que los había.

Nadie respondió a su llamada y se dispuso a hacer sonar de nuevo el aldabón. Pero en ese momento vio que la puerta se hallaba levemente entreabierta, y no sólo eso, a través del quicio llegaba cierta claridad.

Se decidió a empujar la puerta y una vez lo hizo así se metió dentro, en la primera pieza, un vestíbulo a cuya derecha había una escalera bastante empinada y a cuya izquierda había una ancha puerta que daba acceso a un comedor.

El vestíbulo era destartalado y el comedor, por lo que podía ver, se ajustaba a idénticas características.

La luz llegaba desde el comedor, y Mónica dio por des contado que allí había alguien.

Por lo que, sin vacilaciones, se dirigió en busca de quien esperaba que la recibiera con cierta cordialidad.

—Buenas noches...

Nadie le respondió y siguió avanzando, sintiéndose más decidida y valerosa de lo que ella misma podía esperarse. Otra muchacha, en un viejo caserón, sola en plena noche, hubiera sentido posiblemente un cosquilleo nada agradable.

Bueno, lo cierto es que el cosquilleo también lo sentía ella. Pero sólo eso. Estaba convencida de que todo iba a ir bien. ¿A qué pensar lo contrario? No era una niña para asustarse por tan poco.

Ya en aquel gran comedor, Mónica vio que tampoco allí había nadie. Aún así, repitió:

—Buenas noches...

Reparó en los muebles. Eran grandes y pesados. También debía ser pesada la lámpara de bronce que pendía del techo. Los gruesos cortinajes contribuían, por lo demás, a que el ambiente pareciera denso, opresivo.

Aquella estancia tenía tres puertas. Por una de ellas había entrado la muchacha. La otra estaba situada al extremo opuesto. La tercera puerta, más pequeña, se hallaba a un lado y parecía conectar con algún corredor.

Mónica reparó en la larga mesa del comedor, rodeada de sillas de alto respaldo. Sobre la mesa humeaba un cigarrillo medio aplastado en un cenicero de cristal.

Le fue fácil comprender que no hacía mucho alguien había estado en aquella estancia, fumando.

—Tenga la bondad de esperar... —oyó decir a una voz.

La voz, de hombre, había sonado desde un lugar impreciso.

Mónica se sobrecogió. Esa voz no era una voz sino una afonía áspera y desnivelada, una ronquera fangosa y desigual.

Pocos instantes después, en el dintel de la puerta situada al otro extremo del gran comedor apareció una silueta de hombre. Ni alta ni baja. Ni gruesa ni delgada.

Aquel hombre, no obstante, lo tenía todo de anormal. Y Mónica, al poner sus ojos en él, tuvo que hacer un esfuerzo para no perder el equilibrio, para no tambalearse.

Aquel hombre tenía el rostro azulado y los labios casi negros, y los ojos saltones, inyectados en sangre. Al respirar abría más y más la boca, costándole un esfuerzo agotador lograr que el aire se le metiera en los pulmones.

—Dispénseme —dijo Mónica cuando consiguió rehacerse de la primera impresión— he encontrado la puerta abierta y...

—Me encantan las visitas —repuso el hombre. A continuación había de presentarse—. Soy Orson Capper, el propietario de este caserón. Considérese en su casa, señorita...

—Mónica Gellman —contestó.

—Es un placer conocerla —y el hombre seguía en el dintel de la puerta como si no se atreviera a acortar las distancias entre la muchacha y él. Debía saber que su aspecto causaba horror. Añadió—: Acomódese, por favor.

—Gracias —pero la muchacha nada le apetecía menos que acomodarse ante un hombre como aquél.

¡Tenía un aspecto realmente escalofriante!

—Me hago cargo —dijo Orson Capper al verla titubear- mi aspecto le ha sobrecogido el ánimo. Pero no se inquiete, mi enfermedad no es contagiosa... Sí —reconoció—, estoy así debido a una enfermedad que contraje en el último de mis viajes.

—Lo lamento —aseguró ella.

—Debido a mi aspecto —repuso— me veo obligado a vivir en un lugar como éste, donde no es fácil que nadie me vea. ¿Sabe una cosa?, hace años que no contemplaba a una mujer.

La idea no le gustó a Mónica. La consideró intranquilizadora. Le dieron tentaciones de dar media vuelta y de echar a correr. Pero sentía los pies pegados en el suelo.

Orson Capper abrió la boca y respiró con ahogo, con es fuerzo, y consiguió, aunque a duras penas, que el aire descendiera hasta sus pulmones.

Logrado su empeño, se animó a avanzar hacia la muchacha. Ya junto a ella esbozó una sonrisa.

Pero Mónica no estaba para reparar en su sonrisa, tenía su atención fija en aquel rostro azulado y en aquellos labios casi negros, y en los ojos saltones, inyectados de sangre. ¡Si era como para morirse del susto!

—Señorita Gellman... Mónica... ¿Me permite que la llame por su nombre? —y la petición fue hecha mientras sus manos sujetaban los hombros de la muchacha.

Estremecida de pies a cabeza, Mónica se dio cuenta de que aquellas manos también eran azuladas.

—Puede lla... llamarme por... por mi nombre —balbuceó—. No faltaría más....

—La veo pálida. ¿Quiere comer algo? ¿Le apetece tomar alguna cosa? —había soltado ya sus hombros.

—No, gracias.

—Al menos siéntese... —le indicó uno de los sillones situados junto a una chimenea que permanecía apagada—. Y dígame de dónde viene, no es lógico que haya llegado hasta aquí...

Luego de haberse acomodado, Mónica le explicó lo que le había sucedido.

—Si he de decirle sinceramente lo que siento, me alegro de que bebiera esos whiskys —dijo Orson Capper—. Así, ahora, tengo la dicha de ver ante mis ojos a una muchacha como usted. Adorable, sencillamente adorable... —Y de pronto inquirió—. ¿Tiene usted novio, Mónica?

La muchacha se estremeció. No supo se debido a la pregunta o al tono de la voz. Una voz que seguía no siendo voz, sino una afonía áspera y desnivelada, una ronquera fangosa y desigual. ¡Una voz que erizaba la epidermis!

—No tengo novio —contestó.

—Es una buena noticia... —y la miró muy fijo con sus ojos saltones, inyectados en sangre.

La muchacha se estremeció de nuevo.

—Es una buena noticia —volvió a decir Orson Capper, y de momento no añadió nada más. Se limitó a abrir más y más la boca, respirando como venía haciéndolo, de forma ahogada, asmática. Finalmente consiguió el aire que necesitaba—. Deseo que lo sepa,

Mónica. Soy un hombre muy rico.

—Me alegro por usted...

—Si se quedara a vivir aquí, conmigo —repuso Orson Capper— le regalada todo mi dinero.

—¿Cómo dice...? —la muchacha había respingado.

—Es usted preciosa. Por tenerla a mi lado, ¡cualquier cosa! —exclamó

con énfasis.

Y ese énfasis hizo, por lo menos a la muchacha se lo pareció, que el rostro de aquel hombre se tornara aún más azulado.

—No, no... —negó la muchacha, que no supo seguir sentada y se puso en pie.

Orson Capper había de decir, como si no hubiera reparado en su alarma.

—¿Me disculpa, por favor? Sólo será un momento. Debo darle un encargo a Gudú.

—¿A Gudú...? —había encontrado que aquel hombre era muy extraño.

—Es mi criado —le hizo saber.

—Vaya tranquilo —dijo Mónica—. No se preocupe por mí.

Pensaba en huir de allí así que aquel hombre le diera la espalda.

¿En qué otra cosa iba a pensar?

Pero apenas se fue Orson Capper por la puerta por la que poco antes había llegado, la muchacha oyó unos estremece dores gemidos. Llegaban a través de la puerta lateral.

Vencida por la curiosidad, quedaron a un lado sus deseos de huir, de momento al menos. Así qué se vio avanzando hacia allí.

Al poco cogía el pomo, lo hacía girar lentamente, sin hacer ruido, y entreabría la puerta. Que daba, en efecto, a un corredor.

En el corredor no había nadie. Pero a su término aparecía otra puerta. Y estaba claro, los estremecedores gemidos salían de ese lugar.

Se quedó indecisa, sin saber si detenerse o seguir adelante. Pero optó por averiguar quién era la persona que gemía de aquella manera. Desde luego se trataba de una mujer.

Ya ante esa puerta, vio que la llave estaba puesta en la cerradura. No iba a costarle, pues, entrar allí y enterarse de lo que pasaba.

Tuvo, no obstante, una nueva indecisión. Si el dueño del caserón la sorprendía metiéndose donde nadie la llamaba, las cosas podían ponerse feas. Para llegar a esta conclusión no había que ser un lince..

Pensó, empero, en que pocos segundos le serían suficientes para averiguar lo que sucedía y que luego podría volver al comedor y hacer ver que no se había movido de allí.

O mejor, sin duda podría hacer lo que había pensado, escapar del caserón.

Se decidió. Cogió la llave, la hizo girar en la cerradura y abrió la puerta.

Ya ésta abierta, y viendo lo que contenía aquella habitación, un grito ahogado salió de su garganta. Por lo demás, el espanto, el terror, se encargaron de dejarla totalmente inmovilizada por unos cuantos instantes.

Lo que acababa de ver no era, ciertamente, para otra cosa. Porque había una joven medio desnuda tirada en el suelo, en una de las esquinas, atada con cadenas. Debían haberla azotado brutalmente, de ello que su cuerpo, lleno de heridas, rezumara sangre por todas partes. Pero lo más espeluznante era lo que había alrededor de esa joven ya medio moribunda. Lo que había a su derecha y a su izquierda, rodeándola macabramente...

¡Había más de una docena de esqueletos!

* * *

—Acabaré como ellas... —entre gemidos, la joven encadenada indicó a los esqueletos, unos tumbados boca abajo, otro tumbados boca arriba, los restantes sentados, apoyados de espaldas en las paredes—. Me negué a amar a ese hombre y mi destino ya está trazado... No, ya no puedo rectificar... ¡Huye tú si aún estás a tiempo de hacerlo!

—No puedo dejarte así... —dijo Mónica, recobrando el habla y el movimiento.

—Es mejor que me dejes, cuanto antes —le aseguró la prisionera—. Y si ese hombre monstruoso te detiene, dile que estás dispuesta a quedarte con él, dile que vas a amarlo, no le lleves para nada la contraria, y luego, a la primera oportunidad, huye... Es ésta tu última esperanza... Créeme...

—No puedo dejarte así... —repitió Mónica, sintiéndose incapaz de abandonar a aquella desgraciada.

—Voy a morir —le dijo—. Cuanto pudiera hacer por mí, sería inútil. Convéncete de ello y piensa en ti, sólo en ti. De lo contrario, estarás perdida...

Mónica reparó en las cadenas que la maniataban, comprendiendo que, desgraciadamente, no iba a poder hacer nada por quien, como ella misma había dicho, tenía ya trazado su destino. Lo único que quizá podía intentar, era huir del caserón y denunciar el hecho a las autoridades pertinentes.

—Haré los posibles por avisar a la policía —repuso.

Luego retrocedió sobre sus propios pasos. Y ya de nuevo en el gran comedor, respiró aliviada al darse cuenta de que Orson Capper aún no había vuelto. Por lo que ella iba a poder escapar con cierta facilidad. Si encontró la puerta abierta, así debía seguir. Le bastaría echar a correr y no parar en un buen rato.

Se estaba haciendo excesivas ilusiones.

Apenas inició la huida, un hombre de piel bronceada, de descomunal y enorme estatura, vestido como si fuera un es clavo de otros tiempos, surgió ante ella.

Anteponiéndose a su paso.

Mónica soltó un grito.

—No debe temer nada...

Había oído tras ella la voz de Orson Capper. Esa voz afónica, ronca, que le ponía los pelos de punta.

—Es mi criado Gudú. Se limita a obedecer mis órdenes. Y se trata —añadió Orson Capper— de que yo no deseo que usted se vaya...

—No iba a irme —dijo Mónica, esforzándose por parecer sincera—. Sólo quería ver...

—improvisó sin demasiado acierto— si la noche sigue estrellada...

—Gudú, mira si hay estrellas —le ordenó Orson Capper.

El enorme y colosal criado se puso en movimiento como un autómata, con pasos lentos, pesados, un tanto inseguros y tambaleantes. A pesar de eso, bastaba mirarle para que sobrecogiera y aterrorizara su fortaleza física.

—Es un zombie... —le hizo saber Orson Capper a la muchacha-, Un ser que sin duda ha permanecido años y más años inmóvil en el fondo de una fosa, en el interior de un sarcófago. Me lo traje de un viaje que hice por tierras centroamericanas.

—¿Cómo ha dicho...? —y Mónica sentía que el miedo le estaba helando las venas.

—He dicho... —pero se detuvo para respirar, y lo hizo tan fatigosamente como siempre— que es un zombie. ¿No ha oído hablar de los zombies?

—No —contestó Mónica.

—Debió cometer tantas acciones indignas en su pasada existencia, tantos delitos y crímenes, que ahora, mientras su alma se quema en los insondables abismos del infierno, ni siquiera su cuerpo tiene derecho al descanso de la muerte —se refería a Gudú, sintiendo un sádico placer en saberse dueño absoluto e incuestionable de su voluntad—. Le estoy agradecido a la diosa Elegba. Me ha proporcionado un magnífico esclavo.

Gudú estaba ya de vuelta. Quedó ante su amo, empequeñeciendo a éste y a la muchacha con su descomunal estatura.

—¿Hay estrellas, Gudú? —le preguntó Orson Capper.

El aludido asintió, pero no pronunció palabra ninguna. Luego dio media vuelta y se retiró.

—Los zombies no hablan —informó Orson Capper a la muchacha—. Sólo se les permite dejar el cementerio para obedecer a sus amos. Y para obedecerlos incansablemente, sin un lamento, sin una queja, siempre con una absoluta y rigurosa sumisión. La diosa Elegba no les permite desobediencia ninguna.

—¡Yo no creo en esas cosas! —exclamó Mónica, interrumpiéndole, sin poder contenerse.

Enseguida se arrepintió de haberlo hecho. A Orson Capper se le había azulado más el rostro, y se le habían ennegrecido aún más los labios, y había también, ahora, más sangre en sus ojos. Además, se le había cortado bruscamente la respiración.

Afortunadamente, consiguió recuperarla, aunque no sin abrir mucho la boca y no sin gran esfuerzo y fatiga. Entonces se acercó más a la muchacha, diciéndole.

—No me importa que no crea en el poder divino-demoniaco de la diosa Elegba...

Dígame, Mónica, esto es lo único importante para mí, ¿se quedará a vivir conmigo?

Recuerde lo que le he dicho, soy muy rico...

—Me gusta el dinero —Mónica hizo todos los posibles por sonreír—. Me quedaré.

—¡Oh, gracias! —exclamó Orson Capper.

Y alzó sus manos azuladas, acariciando el bonito rostro de la muchacha. Ella soportó estoicamente la caricia, pero la verdad es que le faltó poco para desvanecerse.

—Me gustaría reposar un poco —dijo ella poco después, así que pudo articular las palabras—. Estoy muy cansada.

—Gudú le enseñará su dormitorio. ¡Gudú! —lo llamó.

Apareció el zombie. Sus ojos no decían nada, no expresaban nada. Sus andares seguían siendo los de un autómata.

—Acompáñala al dormitorio de los huéspedes.

Estaba la muchacha a la mitad de la empinada escalera, cuando no pudo evitar que Gudú, de la forma más súbita y a la vez más inesperada, aplastara un algodón impregnado de cloroformo contra su cara, taponándole boca y nariz.

CAPITULO III

Hacía varias horas que Errol Langg había visto como la ambulancia se llevaba el cuerpo del hombre pelirrojo.

Ahora permanecía junto a la lancha motora con la cual asimismo horas antes, había recorrido los alrededores en busca de la bonita muchacha que había desaparecido inexplicablemente.

Faltaba uno de los botes y todo hacía presumir que Mónica se había adentrado en el mar. Pero de ser así, ¿cómo es que no la había encontrado?

Cabía suponer que, mareada como estaba, hubiera caído al agua, ahogándose. Pero no, esta tesis no encajaba. En tal caso nada hubiera impedido que diera con el bote.

Había intervenido la policía. Nada más lógico dada la muerte violenta que había tenido el hombre pelirrojo.

Como detective del hotel, Errol Langg puso a la policía al corriente de la desaparición de la muchacha. Pero se limitó a eso, no queriendo facilitarles otra clase de información.

La que tenía, o pudiera tener, se la reservaba.

Un nuevo día había empezado a despuntar. El sol aparecía en el horizonte.

Errol Langg, que se había pasado la noche sin dormir y que ahora vestía pantalón de pana y un grueso jersey de lana, cogió una vez más los prismáticos que llevaba colgados del cuello. Y miró de nuevo mar adentro. Lo hizo de un modo maquinal, en el fondo convencido de que no iba a ver nada.

Pero el enfoque de sus prismáticos dieron, al fin, con el bote con que Mónica había salido de allí.

Subió a la motora rápidamente, sin perder un solo instante. De forma casi inmediata se oyó el ruido sordo del motor, puesto ya en marcha.

Mientras no estuvo cerca del bote, creyó que la pequeña embarcación estaba vacía.

Pero ya más cerca pudo comprobar que la muchacha estaba allí, si bien tumbada en el fondo. Permanecía hecha un ovillo en medio de los vaporosas gasas de su vestido de color verde.

Errol Langg dio un suspiro de alivio. Lo principal era que no le hubiera sucedido nada, que estuviera sana y salva.

Ya allí mismo, detuvo la lancha motora, y fue en ese momento cuando Mónica empezó a despertar. Porque a juzgar por todos los indicios había estado durmiendo profunda mente.

—¡Oh, ha sido horrible lo que me ha sucedido! —exclamó la muchacha.

—Ande, deje el bote y pase a la lancha motora —dijo él, tendiéndole una mano.

—¡Ha sido horrible, horrible...! —volvió a exclamar, ya en la lancha motora—. Si no supiera de verdad que todo eso era cierto, creería que se había tratado de un sueño...

—La he encontrado durmiendo —le recordó Errol.

—Lo último que recuerdo —dijo Mónica— es que el zombie me puso un algodón impregnado de cloroformo en la cara, taponándome boca y nariz. Enseguida se me nubló todo...

—Oiga, ¿he oído bien? —inquirió el detective con gesto escéptico—. Me ha parecido oír la palabra zombie...

—¿No sabe lo que es un zombie? —la muchacha temblaba de pies a cabeza.

Temblaba tanto que Errol Langg se consideró en el dulce deber de cobijarla entre sus musculosos brazos, contra su ancho tórax.

—Es algo así un esclavo, a un autómata, que obedece a su amo y señor hasta las últimas consecuencias —dijo el detective—. Pero, bueno, para eso hemos de referirnos a viejas leyendas que aseguran que...

—Existen zombies, se lo aseguro —repuso Mónica—. También existe una enfermedad que pone la piel de color azul y ennegrece los labios e inyecta de sangre los ojos... Es lo que le sucede a Orson Capper, el dueño del caserón... Un hombre cruel, malvado, que no perdona a las muchachas que lo desprecian... Yo he visto el esqueleto de muchas de ellas... Incluso a una aún con vida...

—Bueno, bueno, cálmese —Errol la estrechó más fuerte.

—Parece no creerme —se quejó ella.

—Dicho así de pronto, convenga conmigo en que todo eso que me explica no resulta fácil de admitir. De todas maneras —se apresuró a decir para que la muchacha no se le enojara— lo mejor será que volvamos al hotel y que una vez allí me lo cuente todo, desde el principio.

—De acuerdo —asintió Mónica, y se separó del confortador cobijo que le había brindado hasta entonces el pecho masculino.

—Después, yo mismo la llevaré a su casa —dijo Errol—. Su familia debe estar muy intranquila.

—Primero se lo cuento todo y luego me lleva a mi casa —repuso Mónica —. Pero ha de creer lo que le diga, ¿eh?

—Se lo prometo.

Sin embargo, ya en el hotel, y ya ante un café bien cargado, la historia de Mónica había de resultar tan desconcertante, tan insólita, tan realmente increíble, que desde luego costaba asimilarla.

—Ya veo —se lamentó la muchacha— mis palabras le están entrando por un oído y le están saliendo por el otro.

—¡Oh, rió! —le aseguró Errol Langg.

—Puedo jurárselo, no he añadido ni una coma. Pero, claro —se hizo cargo— cuestan aceptar unos hechos tan fuera de lo corriente.

—No resulta fácil —reconoció el detective—. Pero yo la he creído, se lo aseguro.

—No creerme sería suponer que estoy mal de la cabeza. Por eso le agradezco doblemente su confianza en mí.

—Dígame... —y el joven acababa de rascarse el mentón—, ¿de veras no había visto nunca al hombre pelirrojo?

—¿De qué hombre me habla? —preguntó, demostrando que se había olvidado por completo de aquel desconocido que, cuando ella estaba en el bar, se le acercó diciéndole que necesitaba hablarle a solas.

—Le hablo del muerto —repuso el detective del hotel.

—¿De qué muerto...? —se estremeció la muchacha.

Errol Langg le informó de lo que le había sucedido al hombre pelirrojo. Había acabado partido por la mitad, dividido en dos. Costaba de aceptar, pero ahí estaba el escalofriante suceso convertido en un hecho concreto.

—¿Quién ha podido ser capaz...? —Y Mónica se sentía cada vez más horrorizada—. Además, ¿cómo puede cortarse un cuerpo humano de esa forma...?

—Supongo —dijo Errol Langg— que utilizando una herramienta, un instrumento adecuado. Como por ejemplo, una guadaña...

—Vi una en la fiesta de disfraces —le hizo saber la muchacha—. En la fiesta que ayer noche se celebraba en este hotel.

—¿Qué es lo que vio? —le preguntó Errol Langg.

—Una guadaña.

—Supongo —dedujo— que la llevaría la Muerte.

—Sí, claro —asintió.

—Y la Muerte suele ser alta y delgada.

—Lo era —Y la muchacha ratificó—. Alta y delgada, sí.

—¿Había visto antes a la Muerte? Quiero decir, si reconoció a la persona que se escondía tras ese disfraz.

—Sólo puedo decirle que no me gustó nada como me miraba...

—¿Cómo la miró?

—No sabría decírselo con exactitud, pero me asusté. Me sentí envuelta en escalofríos.

Pero eso no fue nada —agregó Mónica— comparado con lo que me esperaba, con lo que después me ha tocado pasar en el caserón... Por cierto, debo denunciar el hecho a la policía. Quizá lleguen a tiempo de salvar a esa

pobre muchacha a la que dejé encadenada.

—Puede hacer lo que considere más oportuno —repuso Errol Langg—, pero yo de usted no perdería el tiempo. ¿Qué va a ganar explicando toda esa historia si nadie va a creerla, si nadie va a tomarla en serio? Creerán que se lo está inventando todo y eso le resultará muy violento. Yo le aconsejaría...

—Haré lo que usted me diga —Mónica estaba dispuesta a obedecerle a pies juntillas.

Sentía una gran confianza hacia aquel joven, y también simpatía, todo hay que decirlo.

—Sincérese con los suyos, pero limítese a eso —dijo el detective—. Incluso yo le sugeriría que incluso con los suyos no se sincerara del todo.

—¿Cómo...? —se sorprendió.

—Es bueno no fiarse de nadie. Evita muchos contra tiempos.

—¿Cómo...? —repitió la pregunta, habiendo aumentado su sorpresa—. ¿Qué es lo que quiere decir?

—Antes de decir nada más, debo preguntarle algo. Espero que no le importe responderme.

—Claro que no.

La pregunta surgió de inmediato.

—¿Es usted rica, señorita Gellman?

—Lo seré dentro de unos meses, cuando cumpla mi mayoría de edad. Pero, bueno, ¿eso qué tiene que ver...?

—Lo sabremos a su debido tiempo. Para empezar, dígame, ¿dónde vive usted? ¿Cuánta familia tiene?

—Vivo en la localidad de Creenwood, en una casa muy grande y muy bonita, a mí al menos me lo parece —contestó Mónica—, Vivo con mi tío David Gellman, hermano de mi padre, y con Karl, mi hermanastro. En la casa vive también Ernest Lewitt, nuestro administrador. En cuanto al doctor Mundigan, no vive en la casa pero la frecuenta diariamente, por lo que en realidad lo consideramos casi de la familia. Es una bellísima persona. No le hablo de mi padre, ni de mi madre, porque tuve la desgracia de perderlos.

—Lo lamento —dijo el detective. Luego agregó—. Me hablará de todos ellos más adelante, cuando yo los haya conocido. Me hablará también de sus padres. De todo un poco, para que yo empiece a hacerme una idea de por dónde pueden ir los tiros. Bueno — corrigió— de por dónde puede ir la guadaña...

CAPITULO IV

Estaban todos ellos reunidos en el amplio y elegante salón. Errol Langg no se dejaba pasar detalle, incluso se fijaba en el movimiento de sus manos. Siempre había creído que las manos traicionaban a veces más que la propia expresión.

Mónica le había presentado, en primer lugar, a su tío, David Gellman. Un hombre alto, y delgado, de unos cincuenta y tantos años, de gestos nerviosos.

Luego le presentó a su hermanastro, Karl Gellman. De unos veintisiete años, también alto y delgado, parecía sentir un cariño verdaderamente entrañable hacia la muchacha.

En cuanto al administrador, Ernest Lewitt, daba la casualidad de que también era alto y delgado. Este tendría unos cuarenta y cinco años. Su rostro era muy afable.

Había otra persona allí. Se trataba del doctor Mundigan, quien, para no constituir la excepción, también era alto y delgado. Tendría ya sesenta años o estaría muy próximo a cumplirlos.

Errol Langg reflexionó:

«Todos son altos y delgados. Todos pudieron estar dentro de aquel disfraz de la Muerte.»

Sin embargo, nada le impidió al detective proceder y actuar con absoluta naturalidad.

Como si no se le hubiera ocurrido pensar, ni por casualidad, que bajo aquel techo pudiera estar el culpable que buscaba.

—Buenos, díganos las conclusiones que ha sacado —se decidió a hablar Karl—. Usted es el detective del hotel...

—A pesar de serlo —dijo Errol, con el brandy que le habían ofrecido en la mano— estoy tan despistado como ustedes. Todo lo sucedido no tiene el menor sentido, no tiene la menor lógica.

—Convengo con usted —repuso Karl— pero lo que ha sucedido yo no puedo ponerlo en duda... —y miró con cariño a la muchacha.

—¿Quién le dice que lo pongo en duda yo? —inquirió Errol mirando con fijeza al hermanastro de Mónica.

—No, claro —pareció hacerse cargo de que, quizás, no había sabido elegir bien las palabras. Ya no supo como rectificar y prefirió aclarar—: He querido decir, que mi hermana... —siempre decía hermana— es una chica serena, equilibrada, y que no cabe suponer que haya inventado nada...

—Todos estamos convencidos de ello —dijo David Gellman.

—Gracias, tío —la muchacha le agradeció que se hubiera dado prisa en

decir aquello.

—Resultaba innecesario tocar ese punto —repuso por su cuenta el administrador, Ernest Lewitt.

—Totalmente innecesario —añadió por su cuenta el doctor Mundigan.

—Yo me pregunto —insistió Karl— ¿por qué Orson Capper, el hombre de la cara azulada, y de los labios negros, y de los ojos rojos, cambió de ida y devolvió a Mónica al bote de remos?

—Algo resulta evidente —dijo el doctor Mundigan— ese hombre, que podemos dar por descontado que no se llama Orson Capper, no quiso que Mónica supiera donde está emplazado el caserón. De ello que le hiciera perder el sentido con cloroformo. De no ser como digo, no se habría molestado en tomar tantas precauciones.

—Estoy con usted —asintió David Gellman.

—Para mí —intercaló Errol Langg— lo que podría llevarnos a alguna parte sería saber quién era el hombre pelirrojo.

—Parece dar por descontado que hay unión entre un hecho y el otro —observó Ernest Lewitt, el administrador de los Gellman.

—Sí —repuso el detective—. El hombre pelirrojo quiso hablar con Mónica. Por lo visto tenía que comunicarle algo de vital importancia.

—Pero alguien, quien fuera, se encargó de acabar con la vida de ese hombre — manifestó Karl—. Y como estaba indocumentado, según nos ha hecho saber la policía, seguimos ignorando...

—Seguimos ignorando quién era —concluyó David Gellman—. De todos modos, yo confío en que el inspector de la policía...

—Yo confío más en el señor Langg —dijo Mónica.

—Espero hacerme acreedor a su confianza —el detective sonrió a la muchacha—. De momento el asunto está muy liado, demasiado liado.

—Si el asesino del hombre pelirrojo es el mismo que se hallaba en el caserón —dijo Ernest Lewitt— entonces...

—No se trata de la misma persona —negó Errol Langg.

—¿Por qué no? —preguntó Karl.

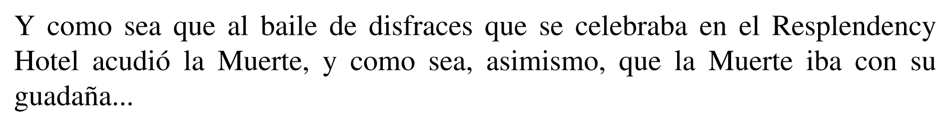
—Si estaba en la playa del Resplendency Hotel, no era fácil que se desplazara de lugar con tanta facilidad...

—Si Mónica, desde esa misma playa, llegó hasta ese lugar, pudo también hacerlo ese hombre.

—El dueño del caserón —detalló el detective— era de mediana estatura, y el que mató al hombre pelirrojo, por el contrario, era alto y delgado. No encaja.

—¿Cómo sabe que el asesino del hombre pelirrojo era alto y delgado?

—El arma homicida, por calificarla de alguna manera, fue una guadaña...



Y como sea que al baile de disfraces que se celebraba en el Resplendency Hotel acudió la Muerte, y como sea, asimismo, que la Muerte iba con su guadaña...

—Yo vi al hombre que llevaba ese disfraz —puntualizó la muchacha—. Era alto y delgado. Lo recuerdo perfectamente.

—A propósito —repuso Errol Langg— ¿existe alguna enfermedad, doctor Mundigan, que deje la cara azulada, y los labios negros, y los ojos inyectados en sangre? ¿La conoce usted?

—No, francamente —reconoció éste, si bien tras haber carraspeado un poco—. Aunque existen extrañas enfermedades cuyas características escapan al conocimiento...

—Bueno, de momento no vamos a adelantar nada dándole más vueltas a todo eso —dijo Errol Langg—, Es mejor que nos concedamos una pausa. Después será el momento de reflexionar.

—Sí, soy de su parecer —repuso Karl.

—Por cierto, señorita Gellman —el detective se volvió hacia la muchacha—, creo que debería enseñarme los alrededores. Nunca está de más ambientarse un poco.

—Cuando usted quiera. Estoy a su disposición —le había agradado la idea de pasear junto a un joven como aquél.

—Hace frío —observó Errol— vaya a coger alguna prenda de abrigo. No quiero que se resfríe por mi culpa.

—Ahora mismo voy a buscarla —y la muchacha se levantó, saliendo seguidamente del salón.

Apenas se hubo ido, Errol Langg se dirigió al tío de la muchacha, preguntándole.

—¿Puedo dar por seguro que su sobrina es una muchacha serena, equilibrada, que no se ha inventado nada...?

—¡Naturalmente! —exclamó Karl, respondiendo por su tío.

—Se lo he preguntado a usted —repuso el detective, mirando a David Gellman.

—Mi sobrina tiene muy bien sentada la cabeza —afirmó David Gellman —. No lo ponga en duda.

—Sin embargo —hizo constar Errol— ella misma me ha dicho estar en tratamiento médico...

—Mi sobrina no se halla bien de salud.

—¿Qué le pasa?

—Está muy enferma del corazón —David Gellman compendió que debía decirlo—.

Pero, por favor, que ella no nos oiga. A ella le decimos que su dolencia

carece de importancia.

—Para que no nos oiga le he dicho que hace frío y que debía ir a buscar una prenda de abrigo. Aprovechemos, pues, estos momentos.

—Hable usted —repuso David Gellman mirando al doctor.

—No hace mucho perdió el conocimiento —dijo el doctor Mundigan—. Había dormido poco, se estaba preparando para unos exámenes, en la habitación donde se hallaba hacía un calor sofocante, en fin, supusimos que se había tratado de una simple lipotimia, pero la hice ir a mi consultorio y entonces observé que padecía una dolencia cardiaca. Una grave dolencia cardiaca. Claro que —agregó— cuidándose convenientemente es de suponer que pueda mejorar...

—¿Y si no se cuida? —preguntó Errol.

—Si no lleva una vida totalmente tranquila y reposada, su dolencia se agravará, no podremos evitarlo. Eso equivaldría, antes o después, a un desenlace fatal.

—A juzgar por su aspecto nadie diría que le pasa nada —insinuó Errol.

—Sí, su aspecto es inmejorable —convino el doctor Mundigan.

Ya bajaba Mónica la escalera de la casa, así que cambiaron de tema. No debía sospechar que estaban hablando de su salud.

La muchacha se presentó en el salón. Se había puesto sobre los hombros un grueso jersey de lana.

* * *

La casa estaba situada en las afueras de la localidad de Creenwood. Era una casa grande, espléndida. Se llegaba a la carretera por un camino bastante ancho.

Por allí cerca sólo había tres o cuatro viviendas más. Aquel lugar, evidentemente, era bastante solitario.

Abundaba el césped y también los matorrales. Cualquier persona, de un matorral a otro, podía llegar a la casa sin ser visto.

Las luces de la cercana localidad debían divisarse muy bien desde allí, cuando fuera de noche. Pero ahora era de día, media tarde.

Errol Langg le pidió a la muchacha que le hablara de su vida y de la de los suyos. Le rogó encarecidamente que no se dejara nada en el tintero.

Mónica le refirió todo aquello que consideró de cierto interés, aunque ella estaba convencida de que ninguno de los componentes de su familia tenía nada que ver con la muerte del hombre pelirrojo. Pensar otra cosa se le hubiera antoja do algo total y absolutamente absurdo.

Cuando concluyó de hablar, y mientras iban andando por el camino que conducía de la casa a la carretera, o de la carretera a la casa, según se fuera o viniera, el detective dijo a la muchacha:

—Me gustaría detallar y puntualizar debidamente para no dar margen a posibles malos entendidos. Así, pues... —Y añadió acto seguido—: Me ha dicho que su tío, David

Gellman, se enamoró en su juventud de una bella muchacha llamada Charlotte, y que ésta, finalmente, se casó con su hermano...

—Con mi padre, sí —asintió Mónica.

—De esa unión —dijo el detective— había de nacer Karl, su hermanastro. Poco después murió Charlotte.

—Sí —asintió de nuevo Mónica.

—Pasados unos años, su padre conoció a la hija de un amigo, se enamoró y se casó con ella. Entonces nació usted.

—Sí —asintió por tercera vez.

—Fue transcurriendo el tiempo y todo era armonía y felicidad en sus vidas. Bueno, no exactamente, porque su tío David odiaba a Karl. El pequeño no tenía la culpa de que su madre hubiera rechazado a un hermano para casarse con el otro, pero su tío David no podía desterrar el odio que terminó inspirándole la madre y que, indudablemente, seguía sintiendo por el hijo.

—Eso es.

—Charlotte prefirió a su padre —dijo Errol Langg—, ¿Porque lo amaba o por algún motivo especial...?

—Los dos hermanos heredaron la misma cantidad de dinero —dijo Mónica—. Pero mientras tío David derrochaba su parte, mi padre acrecentó su fortuna. Supongo que Charlotte, que según dicen era una mujer ambiciosa, tomó en consideración la situación económica de uno y otro.

—Unos años después —prosiguió Errol enumerando los hechos acaecidos— su padre falleció tras haber hecho testamento. Un testamento en el que no dejaba casi nada a su hijo Karl. Prácticamente se lo legaba todo a su hija...

—A mí, en efecto —afirmó Mónica—. Cobraría la fortuna cuando cumpliera mi mayoría de edad.

—Imagino que a Karl, su hermanastro, debió sentarle muy mal que el testamento fuera redactado en tales términos.

—Karl ha estado estudiando para ingeniero, carrera que ahora ya tiene concluida, y no creo que nunca le haya importado demasiado el hecho de ser desheredado —repuso Mónica—. Desde luego, el culpable de lo sucedido fue tío David...

—David Gellman —prosiguió Errol— que seguía odiando al hijo de la mujer que le rechazó, y quiso hacerle todo el daño que pudo. Como si

haciéndoselo al hijo lograra hacérselo a la madre. Para conseguirlo, le bastó influenciar al hermano menor...

—Sí, le bastó hacer eso —dijo Mónica—, Pero ese testamento fue una injusticia, así que ya le tengo dicho a Karl que, en cuanto sea mayor de edad y cobre la fortuna, la repartiré en dos partes iguales. Una parte será para él y la otra para mí. Exactamente así.

Pero, claro —añadió la muchacha- este pormenor lo ignora tío David. De saberlo se enfadaría mucho conmigo.

—¿Karl cree en esa promesa? —preguntó Errol—, ¿Cree sinceramente en que la cumplirá...?

—¿Por qué no iba a creerlo? —se sorprendió Mónica—. Karl me conoce de sobras y sabe que soy incapaz de decir una cosa por otra.

—Desde luego, su hermanastro parece quererla mucho.

—Y yo le correspondo.

—Por cierto, si usted muriera, ¿a quién iría a parar la fortuna?

—En tal caso —dijo Mónica— todo sería para Karl.

—Y dígame, enfocando ya otros aspecto del asunto, ¿qué sentimientos le inspira a usted su tío David?

—Siento compasión por él —dijo Mónica—. Su proceder ha dejado mucho de desear a través de los años, pero considero que sería poco honesto no comprenderlo al menos hasta cierto punto. De ello mi compasión.

—Se refiere a...

—A que se enamoró locamente de Charlotte y a que fue un golpe muy duro para él verse rechazado cuando menos se lo esperaba. Además, ella se convirtió en la esposa de su propio hermano. No le resultó fácil asimilarlo.

—Me hago cargo.

—Todo hubiera perdido importancia —repuso la muchacha— si con el transcurso del tiempo mi tío David se hubiera enamorado de otra mujer. Pero para él no ha habido nunca otra... Ni siquiera después de que Charlotte muriera.

—Y respecto a Karl, ¿qué me dice? —preguntó el detective—. ¿Qué siente por su tío?

Sabiendo que hizo todo lo posible porque fuera desheredado...

—Karl nunca se ha llevado demasiado bien con tío David, lo que no es de extrañar dados los hechos que le he comentado. De todos modos, han vivido siempre juntos y por parte de Karl nunca han surgido reproches que, en buena lógica, hubiera podido hacerle.

—En cuanto al señor Lewitt... Ernest Lewitt...

—Nuestro honrado y leal administrador —dijo Mónica.

—¿De veras cree —inquirió Errol— en la honradez y en la lealtad de ese

hombre?

—¡Oh, sí! —exclamó.

—Explíqueme el porqué de su «¡Oh, sí!», ¿quiere?

—Porque su padre era ya el administrador del mío, y porque desde que su padre murió, hace unos veinte años, él lleva con escrupulosa exactitud todas nuestras cuentas.

—¿Cómo sabe, y perdone mi insistencia, que no hay lagunas en su escrupulosa exactitud...? —recalcó estas dos últimas palabras.

—A tío David no le pasaría por alto la más pequeña irregularidad. Bueno, eso supongo.

—Eso significa que su tío David es también, en cierto modo, otro administrador. El otro administrador de su fortuna, señorita Gellman. Todo va a ser para usted.

—Y para Karl. A partes iguales, en cuanto yo cumpla mi mayoría de edad. Ya se lo he dicho.

—Hábleme ahora del doctor Mundigan.

—¿Qué quiere saber de él?

—Todo lo que sepa.

—Es un viejo amigo. Le consideramos como de la familia.

—¿Está casado?

—Es viudo.

—¿Tiene hijos?

—No.

—¿Dónde vive?

—En Creenwood. Pero, bueno... —Mónica había acabado impacientándose un poco— ¿qué relación puede tener todo esto con...?

—No lo sé —reconoció Errol—. Por cierto —animó la expresión y cambió el tema de la conversación—, ¿sabe que cuanto más la miro más guapa me parece?

—Gracias.

—Pero no habré sido el primero en decirle que es guapa.

—No, no ha sido el primero —sonrió ella.

—Espero que no tenga novio...

—No lo tengo.

—Estupendo.

Quedaron mirándose a los ojos. Y no se dieron cuenta de que cerca del camino por el que ellos iban, alguien, tras unos matorrales, los seguía con la mirada.

Ese alguien había pretendido escuchar lo que hablaban.

Puede que lo hubiera logrado, o puede que no. De todos modos había murmurado:

—Mataré a quien sea preciso. Si lo he hecho ya una vez, ¿qué importancia puede tener reincidir?

CAPITULO V

Al día siguiente, a eso de las tres de la tarde, Errol Langg se acercó a la ancha y reluciente barra del bar del hotel. Tomó asiento en uno de los altos taburetes.

—¿Qué le sirvo...? —le preguntó el barman que a aquella hora empezaba con su turno de trabajo.

—Nada —contestó el detective—. Simplemente deseo hacerle una pregunta.

—Diga... —se le vio un poco nervioso.

Le preguntó si se acordaba de la muchacha a la que sirvió varios whiskys. El mismo día en que se cometió el crimen del hombre pelirrojo. Poco antes, por lo demás, de que tal crimen se perpetrara.

—No la tengo presente... —fue la respuesta poco convincente.

—Me sorprende. Era una muchacha muy guapa.

—Ahora que pienso... —rectificó el barman—, sí la re cuerdo. En efecto, tiene usted razón, señor Langg, era muy guapa. ¿Pasa algo? —preguntó.

—Se ha cometido un crimen y yo soy el detective del hotel. Esto es lo que pasa.

—Sí, claro —asintió.

—Usted le sirvió varios whiskys —dijo Errol. Y sin más—. ¿Qué otro barman estaba atendiendo a los clientes del bar en ese momento?

—En ese momento estaba yo sólo —sabía que no podía responder otra cosa.

Otra cosa no le hubiera pasado al detective del hotel.

—Eso me parecía —repuso Errol Langg, y encendió un cigarrillo—. Así, pues, si alguien echó algo en esos whiskys, ese alguien tuvo que ser usted.

—¿Qué dice...? —se agitó el barman—. ¿Qué iba a echar yo...?

—Un somnífero —dijo Errol.

—Para que iba... iba... yo a... a...? —tartamudeó.

—Si le pagaban bien, ¿por qué no hacerlo? El dinero siempre es una buena razón.

—Yo le aseguro que... que...

—Ahora voy a irme —le informó—, pero volveré por aquí y seguiremos hablando del asunto. Mientras tanto, piense en las consecuencias poco aconsejables que puede tener para usted el no decirme la verdad.

—Pero si yo... yo...

Errol Langg lo dejó tartamudeando.

Poco después subía a su coche, le daba a la llave de contacto y apretaba a fondo el acelerador, dirigéndose a Creenwood. Había decidido que era allí, en la espléndida casa de los Gellman, donde debía dar los siguientes pasos.

Llegó una media hora después, y lo primero que hizo es decir a Mónica que la invitaba a merendar.

La muchacha, que estaba con su tío y su hermanastro, le contestó que había quedado en ir al consultorio del doctor Mundigan. Este quería visitarla. Después de los sobresaltos sufridos no le iría mal un repaso médico.

—Puede ir mañana.

—Mi sobrina no está del todo bien de salud... —apuntó David Gellman, como dándole a entender que lo primero era lo primero.

—Prometo cuidarla bien —aseguró Errol.

—Telefonearé al doctor Mundigan —manifestó la muchacha, muy animada ante la perspectiva de salir en compañía del detective—. Le diré que iré mañana.

—Mientras se viste, interrogaré a la servidumbre. Con el permiso de ustedes, por descontado... —miró a David y a Karl Gellman—, Póngase cómoda, pantalones y un jersey —añadió dirigiéndose a la muchacha—. Algo práctico.

—Lo que usted diga —contestó ella.

Mientras esperaba a la muchacha, hizo lo indicado. Interrogó a los componentes del servicio. Quería saber si podían decirle algo que valiera la pena.

Empezó hablando con la cocinera, una mujer baja y gruesa. Perdió el tiempo. Aquella mujer no sabía nada y nada le dijo.

Habló seguidamente con el joven mayordomo y la cosa fue ya diferente. Ya no estuvo tan seguro de que no supiera nada. Así que lo cosió a preguntas. Una de tales preguntas fue:

—¿Cree usted posible que alguien odie a la señorita Gellman?

—No lo creo posible, señor —contestó el sirviente, deferente, y respetuoso—. Todo el mundo la quiere mucho.

—¿También el doctor Mundigan? —inquirió.

—Desde luego.

Dejó al mayordomo para interrogar a la doncella, Sylvia, una chica un poco llenita, con sanos colores en la cara.

—Si sabe algo, dígamelo...

—Decirle algo, ¿de qué? —preguntó.

—Alguien acabó con la vida de un hombre pelirrojo, indocumentado, en el hotel del cual yo soy detective. Como ese hombre, antes de morir, quiso hablar a solas con la señorita Gellman, todo me hace suponer que hay cierta

relación entre un incidente y el otro.

—Yo no sé nada —contestó la doncella—. ¿Qué voy a saber yo, pobre de mí?

A juzgar por unas chispitas que asomaron a sus ojos, la chica no era, sin embargo, tan inocente e ingenua como intentaba aparentar. Pero no quería decir lo que sabía, esto resultaba evidente. Por lo menos no quería decirlo de momento.

—Si se entera de alguna cosa, ¿se acordará de mí? —Errol le tendió una tarjeta. No la podía obligar a hablar—. Una llamada telefónica se hace en un momento.

—De acuerdo.

Mónica ya estaba arreglada. Pantalones y jersey cerrado, un equipo cómodo tal y como el detective le había aconsejado.

—¿Adónde me lleva? —le preguntó la muchacha, ya ambos ocupando los asientos delanteros del coche—. Si sólo se trata de llevarme a merendar, como ha dicho, no me hubiera exigido una indumentaria así.

—Vamos a navegar un poco —dijo Erro!.

—¿Navegar...? —se asombró ella.

—Subiremos a una lancha motora e iremos bordeando el litoral hasta dar con el caserón.

Confío en que sepa reconocer el lugar en que fue a parar.

—Claro que sí —asintió Mónica—. Pero ¿cómo vamos a saber hacia dónde fue el bote?

—El bote tuvo que ir, forzosamente, hacia donde le llevaba la corriente, y la corriente, aquella noche, iba en dirección contraria a Creenwood.

—Y una vez allí, junto al caserón, ¿qué? —se había asustado sólo de pensarlo.

—Vamos a ir juntos, ¿no?

—Eso debe tranquilizarme, supongo.

—Claro que sí.

—Estoy delicada del corazón... —apuntó la muchacha—. Los malos ratos no son una buena medicina para mí.

—No se preocupe de su corazón —dijo Errol.

—Pues adelante —se esforzó por parecerle una muchacha decidida, valerosa.

Pero no estaba muy segura de serlo. Quisiera o no aceptarlo, la verdad es que se le había puesto la carne de gallina.

* * *

La doncella esperó a que el detective se fuera en su coche con la señorita Gellman, y luego, así que pudo, se acercó con discreción al joven mayordomo y le dijo que tenía que poner en su conocimiento algo de vital importancia.

Insistió en que debía proceder con suma discreción y que, en consecuencia, le hablaría en el sótano.

—¿En el sótano? —se sorprendió el mayordomo.

La pequeña puerta que daba acceso al sótano no se había abierto desde hacía varios meses. Nadie entraba allí.

—Así podremos hablar con tranquilidad.

—Pero ¿qué pasa, Sylvia? —preguntó el mayordomo, cada vez más sorprendido ante aquella actitud que no entendía.

—Te lo diré en el sótano.

Quedaron en encontrarse a una hora determinada.

Desde luego, fue Sylvia quien, más impaciente, más ansiosa, acudió la primera a la cita.

Por lo que, ya en el amplio sótano, tan amplio que abarcaba toda la extensión de la casa, fue ella la que tanteó la pared, accionó el interruptor y encendió la luz.

Pero resultó aquella luz tan apagada, tan mortecina, que sólo se iluminó un sector del sótano. El resto quedó en la oscuridad, entre sombras.

Fue suficiente, no obstante, para que Sylvia se diera cuenta de que había huellas. Huellas de pasos. Habían quedado señaladas en el polvo que cubría el suelo.

Experimentó una sensación nada agradable. Ella sabía que la pequeña puerta por la que acababa de entrar hacía mucho tiempo que no se abría. Siendo así, ¿cómo explicarse aquellas pisadas, muy recientes...?

Recordó que existían otras puertas, que comunicaban asimismo con el sótano. Esas puertas sólo eran utilizadas por los señores. Sin duda, alguno de ellos, había ido allí para algo... Pero ¿para qué? La pregunta se le hizo una bola en la garganta. Una bola que pareció taponarle la laringe y privarle del aire que un ser humano necesita normalmente para respirar.

No, no pudo evitar el sentir miedo. Un medio en forma de espiral, que empezando en la planta de los pies le fue subiendo por las piernas y por el cuerpo, envolviéndola y metiéndola finalmente en un remolino del que, era fácil comprenderlo, no lograría salir hasta que saliera del sótano.

Pero siempre había sido una chica curiosa y no pudo dejar de serlo en ese momento.

Había visto que las pisadas, marcadas en el polvo, se dirigían hacia un armario de dos cuerpos. Un armario del que ya nadie se acordaba. Era sólo un mueble viejo.

Si las pisadas marcaban aquel camino, eso significaba que allí dentro había algo importante... ¿Qué podía ser? ¿Acaso un maletín lleno de flamantes fajos de billetes? ¿Tal vez una gran fortuna en relucientes monedas de oro?

La imaginación se le disparó. No obstante, ella sabía muchas cosas, casi tantas como el hombre pelirrojo. Y el hombre pelirrojo había muerto de un modo espeluznante.

Lo sensato hubiera sido, lo dedujo con rapidez, no seguir avanzando hacia aquel armario, no imaginarse tesoros de Las Mil y una Noches, ceñirse a la poca tranquilizadora realidad del momento y salir de allí.

No podía estar segura de que el hombre pelirrojo hubiera muerto por saber lo que sabía, pero tenía sus dudas, el interrogante estaba allí. Siendo de este modo, ¿a qué correr riesgos inútiles? ¿A qué arriesgarse innecesariamente?

Porque mientras siguiera en el sótano se exponía a... ¿A qué exactamente? No lo sabía.

No podía saberlo. De todas maneras, lo sensato era dar media vuelta y marcharse.

Pero en medio de estas consideraciones no se había detenido y estaba ya abriendo el armario de dos cuerpos...

Una vez abierto, respingó, sintiéndose de pronto inunda da de gotas de frío sudor.

Acababa de ver un disfraz. ¡Y aquel disfraz, en el que se hallaban pintados los huesos del esqueleto, de la calavera humana, era la Muerte! A su lado había una guadaña...

El corazón empezó a latirle como un potro desbocado, martilleando en su pecho de un modo alocado, frenético.

Ahora ya sabía que el asesino del hombre pelirrojo vivía bajo aquel techo.

No quiso perder más tiempo. Ya había perdido demasiado. Cerró el armario y se dirigió hacia la puerta de salida.

Pero se dirigió hacia allí apresuradamente, torpemente, y dio un traspiés y cayó al suelo.

Se hubiera levantado enseguida, pero al caerse se le dobló un pie, torciéndosele el tobillo. Se hizo daño.

No pudo, por tanto, levantarse con la presteza que hubiera deseado. Cuando lo hizo, habían transcurrido ya bastantes segundos. Los suficientes para que el asesino hubiera tenido tiempo de abrir el armario, coger el disfraz y encubrir su personalidad.

Acababa Sylvia de ponerse en pie, pues, cuando oyó un ruido a sus espaldas. Alguien estaba allí.

Ahora, el corazón se le petrificó, se le heló en el pecho, y la sangre,

tumultuosa hasta entonces, se cristalizó hecha hielo mortal en sus venas.

—¿Quién es usted...? —preguntó, volviéndose y viendo a la Muerte ante sí.

A la Muerte, que no se había olvidado de coger su guadaña. Su corvo y afilado filo relucía siniestramente...

La Muerte le respondió con una risa gutural, profunda, estremecedora.

—¿Es usted, señor Gellman...? —temblequeó el tono de la doncella un poco llenita, con sanos colores en la cara—. ¿David Gellman...?

La Muerte no respondió.

—¿Es usted, señor Gellman...? ¿Karl Gellman...? —insistió.

La Muerte siguió sin decir nada.

—Tal vez sea usted, señor Lewitt... —seguía temblequeando el tono de la chica—. Como administrador de esta casa, tiene acceso a cualquier lugar...

La Muerte, esta vez, volvió a dejar oír su risa gutural, profunda, estremecedora.

—¿O es usted, doctor Mundigan...? —Sylvia deseaba conocer la identidad de su enemigo.

Pero se dijo que eso, bien mirado, era lo de menos. Lo único importante para ella consistía en convencerlo de que, en realidad, ella no sabía nada. Nada concluyente.

No obstante, volvió a oír la risa gutural, profunda y estremecedora de la Muerte y comprendió que ya todo era inútil.

La Muerte había decidido acabar con ella. Había decidido enviarla a ese mundo tétrico, oscuro, lóbrego, del que nadie vuelve. Del que nadie puede volver.

La guadaña se movió alucinante, aterradoramente...

Sylvia retrocedió espantada, horrorizada, y quedó pegada de espaldas contra una de las paredes. Se quedó como incrustada allí, con los ojos desencajados.

La guadaña cobró impulso. Un siniestro, infernal y demoniaco impulso.

Sylvia no acertó a gritar. ¿De qué le serviría hacerlo? De nada. Lo sabía.

Como fuera, no acertó a emitir sonido ninguno. La voz se le estranguló en la nuez.

Instantes después, la guadaña segaba su cuerpo como quien siega un manojo de trigo.

CAPITULO VI

La lancha motora, dejando tras de sí una larga estela de blanca espuma, había enfilado la costa. En dirección contraria a la localidad de Creenwood.

—Mire atentamente... —decía Errol Langg de vez en cuando—. Que no se le pase por alto el caserón...

Mónica observaba atentamente. No, el caserón no apare cía. Lo mismo que si todo aquello, caserón incluido, formaran parte de un mero espejismo.

—La corriente de las olas no pudieron llevar tan lejos el bote —terminó diciendo Errol.

—En lo mismo estaba pensando yo —repuso la muchacha.

—Y como me consta que si durmió no fue debido a lo que bebió sino a algo que le pusieron en el vaso de whisky —observó Errol— llego a la conclusión de que, una vez dormida, su bote debió ser arrastrado, llevado, hasta el lugar donde más tarde despertó...

—Sí, claro —asintió Mónica—, Así debió ser. Pero todo eso, para qué...? ¿Con qué finalidad...?

—De momento será mejor que sigamos buscando el caserón —Errol había hecho que la lancha motora virara en redondo—. Pero ahora vamos a buscarlo en dirección contraria a la corriente de aquella noche...

Volvieron hasta el lugar en que se hallaba emplazado el Resplendency Hotel, pero pasaron de largo, costeando. Había que buscar por aquel otro lado del litoral. Hacia Creenwood.

Pasaron Creenwood. Nada. En todas aquellas millas no había ningún caserón parecido a aquél.

Hasta que, un buen rato después, Mónica exclamó:

—¡Es ese! —y lo indicó.

—¿Seguro? —preguntó Errol.

—¡Sí! ¡Sí! —aseguró la muchacha.

En esta ocasión el caserón no recortaba su silueta entre las sombras de la noche. Era pleno día.

Aún así, la muchacha volvió a pensar que aquel caserón tenía un aspecto muy tétrico, muy lúgubre, muy siniestro.

Pero, claro, ahora iba acompañada de Errol Langg, el detective del hotel. Todo era ahora muy diferente. Aunque, bien mirado, ¿quien le había mandado a ella meterse en aquella aventura?

En fin, parecía un poco tarde para hacerse a sí misma observaciones de esa índole. Si ya estaba allí no era para obstaculizar la tarea, la labor del detective. Debía colaborar.

Llegaron hasta la misma costa. Una costa llena de rocas donde no les costó encontrar una que les sirviera para amarrar convenientemente la lancha

motora.

El panorama, aún a pleno día, era desolado. Totalmente desolado porque no se veía alma viviente y porque el terreno, por lo demás, no podía ser más yermo.

En conclusión, estaban en el mismo lugar en que la muchacha fue a parar en aquella otra ocasión.

Errol le propuso a la muchacha:

—Llamaremos a la puerta y esperaremos a que nos abran... Después, según veamos, sobre la marcha, actuaremos en uno u otro sentido... ¿Qué le parece?

—Lo que usted diga —aceptó.

—Y no tenga miedo —dijo él—. Llevo una automática y soy tirador de primera.

—De acuerdo.

Se dirigieron rectamente hacia el caserón.

Y ya junto a su puerta, Errol Langg hizo sonar el aldabón. Luego retrocedió unos cuantos pasos, dejando a la muchacha en primer término.

—Conviene que no me vean... —se justificó.

—¡Ah, bueno! —dijo ella.

La puerta se abrió. Y fue Gudú quien apareció en el dintel.

Sobrecogida y asustada ante la sola presencia de aquel descomunal sirviente, Mónica miró, hacia atrás, hacia el joven detective.

Pero Errol Langg no estaba allí. Había desaparecido. Lo mismo que si la tierra lo hubiera engullido.

—Oh.

Antes de que tuviera opción a otra cosa que no fuera proferir esta exclamación, la mano de Gudú la aferró por la muñeca.

—No, no quiero entrar —se rebeló, mientras seguía mirando hacia atrás, hacia el inexistente detective.

Si Errol Langg no estaba allí, tenía que ser porque alguien, sorprendiéndolo, debía haberlo quitado de en medio. Con un golpe en la cabeza, por ejemplo. Hecho lo cual, dedujo la muchacha, debían haberlo llevado, arrastrándolo hacia otra parte.

Si había sido así, ya no podía contar con él, iba a tener que arreglárselas sola. ¿Cómo, en semejantes circunstancias, iba a atreverse a entrar de nuevo en el caserón?

Pero Gudú le había cogido por la muñeca y ciertamente no estaba en condiciones de elegir.

Se vio dentro del caserón en menos tiempo del que se tarda en decirlo. Y

ya en medio del amplio vestíbulo, se encontró reflejada en un espejo, y se vio lívida.

El sirviente seguía moviéndose como un autómata, con pasos lentos, pesados, un tanto inseguros y tambaleantes. Debía ser lo acostumbrado en un zombie.

Los zombies, por lo demás, no hablan. Así se lo había dicho Orson Capper, lo recordaba muy bien. Y en efecto, tampoco en esta ocasión Gudú había pronunciado una sola palabra.

Lo único que hizo es volver a cogerla por la muñeca, llevándosela hacia el comedor.

Hacia ese comedor de muebles grandes y pesados. De, asimismo, pesada lámpara de bronce. De gruesos cortinajes, que contribuían a que el ambiente pareciera aún más denso y opresivo.

La muchacha quedó detenida junto a la larga mesa rodea da de sillas de alto respaldo.

Su lividez, si cabe, había aumentado.

No había de tardar mucho en oír aquella voz que no era una voz, sino una afonía áspera

y desnivelada, una ronquera fangosa y desigual.

—Me alegro que haya vuelto, Mónica. Me alegro de veras.

Se volvió hacia Orson Capper. Y aunque ya se esperaba encontrarse con su aspecto estremecedor, no pudo evitar que el corazón se le encogiera y que su bonito cuerpo quedara tenso como una cuerda de arpa.

Acababa de ver el rostro azulado, quizá más azulado que la otra vez, y los labios casi negros, más negros aún, y los ojos saltones, inyectados en sangre. Tan inyectados que las gotas parecían estar a punto de rezumar.

—Gudú... —dijo Orson Capper—, enciende la chimenea... Nuestra visitante tiene frío, está temblando...

Gudú asintió. Simplemente eso.

—No se... se moleste... —tartamudeó Mónica—. Es... es igual... Ya me... me voy...

—¿Por qué ha vuelto? —preguntó el propietario del caserón, y lo cierto es que seguía costándole un gran esfuerzo el simple hecho de respirar.

Cada vez que quería meter el aire en sus pulmones, tenía que abrir más y más la boca.

Su esfuerzo resultaba, desde luego, realmente agotador.

—Pues yo... yo... —la muchacha no supo que responder.

—Hice que Gudú la metiera de nuevo en el bote —dijo Orson Capper—. Hice que remara y la llevara hasta el Resplendency Hotel. Una vez allí, ya pudo echarse al agua y dejarla sola. A usted le sería ya fácil desenvolverse sin

ayuda de nadie. ¿Por qué hice todo eso...? ¿Y por qué lo decidí de pronto, sorprendiéndome a mí mismo con mi propia reacción...? No porque me gustara. Simplemente, porque no quise ocasionarle daño ninguno.

Y de seguir aquí, su final no hubiera sido bueno. Nunca tienen el final bueno — puntualizó— las mujeres qué" se quedan a vivir conmigo... Antes o después sienten asco de mí y entonces yo me enfurezco y las condeno a morir. ¿Comprende lo que le estoy diciendo?

—Está muy claro —dijo la muchacha.

—No pienso volver a sentirme tan generoso —repuso Orson Capper—. Ahora se quedará aquí conmigo, Mónica, para siempre, endulzándome la vida...

Mónica quiso tragar saliva. Desde luego no lo consiguió.

—Pero ¿que ha pretendido volviendo? ¿Qué ha pretendido exactamente? —inquirió

Orson Capper—, Sin duda fisgonear, ¿eh?

—Me dijo que era muy rico, que tenía mucho dinero... —manifestó la muchacha—. La idea de hacer un buen negocio me tentó desde el principio. Le dije que estaba dispuesta a quedarme, ¿ya no lo recuerda?

—Con franqueza, tuve la duda de si había sido o no sincera. Una duda que ahora vuelve a asaltarme... Por lo que, para que todo sea absolutamente claro entre nosotros — puntualizó— voy a enseñarle algo...

—¿A qué se refiere?

—A que he acabado con la vida de varias mujeres y a que quiero que se percate de ello por sí misma. De lo contrario quizá supondría que me hacía el ogro simplemente para impresionarla...

Gudú había encendido ya la chimenea. Volvió a permanecer a la espera de recibir órdenes de su amo y señor.

—Gudú, acompáñanos a la habitación de la presa... —le dijo.

El sirviente se dirigió hacia la puerta que daba al corredor. Por allí se iba hacia el cuarto de los esqueletos, el cuarto donde se hallaba la muchacha encadenada. Mónica lo sabía de sobras.

—Cometió la loca temeridad de despreciarme —repuso Orson Capper—, Fue una más a no pensar en las posibles consecuencias...

—No deseo ver nada... No deseo ver a nadie... —respondió Mónica, intentando quedarse rezagada—. Le creo... Le creo...

—Me creería más —aseguró Orson Capper— si son sus propias pupilas las que contemplen la escena... —e impidió, cogiendo a la muchacha por un brazo, que se quedara rezagada.

Mónica se estaba haciendo preguntas. ¿Dónde se hallaría Errol Langg? ¿En qué condiciones se encontraría? ¿Correría peligro su identidad física o tal

vez incluso su vida?

¿Debería decir que no había llegado sola y que ella deseaba fervientemente que a su acompañante no le pasara nada malo?

Decidió que lo más sensato sería callar, limitarse a una discreta y silenciosa espera.

Para hablar siempre estaba a tiempo.

Orson Capper seguía llevándola cogida del brazo, ahora a través del corredor.

Por su parte, Gudú estaba abriendo ya la celda. Porque aquello, bien mirado, no era otra cosa que una celda.

Cuando estuvo allí, Mónica hubiera tenido motivos para gritar. ¡Resultaban tan horribles, tan espantosos, aquellos esqueletos repartidos por un lado y por el otro! ¡Era tan sobrecogedora la visión de la muchacha encadenada, que echada en el suelo medio desvanecida gemía y gemía ya casi sin voz!

Pero para Mónica aquello no era nada nuevo.

De ello, sin duda, que acertara a sujetar sus nervios. Aunque no estaba muy segura de poder seguir sujetándolos:

—Lo lamento por usted... Ahora ya no tiene nada que hacer... —murmuró la muchacha encadenada, tras haberse incorporado un poco, clavando sus ojos vacuos e inexpresivos en Mónica—. Fíjese bien en mí, fíjese... Mi final será el suyo... Todas acabamos de la misma manera...

—Tenga piedad de ella —rogó Mónica a Orson Capper, aunque ya sabía que sus palabras no iban a servir de nada.

—No es norma mía tener piedad de nadie —dijo el dueño del caserón—. Ni la tendré de mi nueva invitada... si ella no se comporta como debe —quiso acariciar el rostro de la muchacha con sus manos azuladas.

A Mónica no le dieron más de si los nervios, se le desataron de pronto. Lo esquivó, lo rechazó de súbito. Con mucha más brusquedad de la que resultaba aconsejable.

Después, salió de aquella enloquecedora estancia, corrió a través del corredor y volvió al comedor.

Ya allí comprendió que no había actuado con la serenidad precisa y que debía, para contrarrestar el mal efecto causado, ser más diplomática en adelante.

Poco después, Orson Capper estaba de nuevo a su lado. Y lo que es peor, también Gudú se hallaba allí.

—Me he puesto nerviosa —se disculpó Mónica—, No me lo tome en cuenta.

—Claro que no.

—Gracias.

—Pero vas a demostrarme que, cuando te lo propones, sabes dominarte mejor —estaba abriendo mucho la boca para a la vez poder hablar y respirar. .

—Sí, sí... —asintió Mónica.

—Voy a pedirte una cosa. Supongo que ya te imaginas de qué se trata.

—Pues no... —pero se le había ocurrido, pues nunca había sido tonta y tenía que haberlo sido para no comprender hasta dónde había llegado la insinuación.

—Deseo que vengas a mi dormitorio y que, sumisa y condescendiente, te acuestes conmigo...

—Sus deseos resultan un tanto precipitados, excesivamente vehementes —contestó la muchacha con una mueca en la boca.

Una mueca que había pretendido ilusamente que fuera una sonrisa.

—Me siento irresistiblemente atraído hacia tanta juventud...

—Dentro de un rato —dijo la muchacha, pretendiendo dar largas al asunto, aunque en realidad no teniendo ni idea de cómo iba a arreglárselas para escabullirse de allí.

—Bueno, dentro de un rato —condescendió Orson Capper—. Pero ahora, como anticipo, reclamo un beso.

Sólo pedía un beso. No era mucho. De todos modos, Mónica se sintió incapaz de soportar que aquellos labios casi negros se adueñaran de los suyos. Revuelto el estómago, exclamó:

—¡No!

—¿Cómo...? —inquirió Orson Capper, y sus ojos saltones, inyectados en sangre, lanzaron miradas de furor. Y sin más—: Gudú... Acércate y sujétala... He dicho que quiero besarla y voy a hacerlo... Voy a hacerlo ahora mismo...

Con sus movimientos de autómata, Gudú se dirigió rectamente hacia la muchacha.

Se trataba, a la desesperada, de autodefenderse. Así que Mónica dijo:

—He venido acompañada de un policía.

—Una excusa muy mala, ¿no cree? —se burló Orson Capper.

«No lo tienen en su poder», pensó Mónica con un suspiro de alivio.

—Es la verdad —aseguró en voz alta.

—No, no la creo...

Antes de que Gudú llegara junto a la muchacha y la sujetara, alguien irrumpió de súbito en aquella estancia, en aquel comedor.

Era Errol Langg.

—Señores míos —fue lo primero que dijo, y su voz varonil sonó con amplitud de un extremo al otro—, esta comedia ha concluido.

* * *

—Antes de que el criado nos franqueara la entrada del caserón —refirió el detective acto seguido— he visto entreabierta una de las ventanas de la planta baja. Se me ha ocurrido colarme por ese lugar. He pensado que se desenvolverían ustedes con más naturalidad si ignoraban mi presencia, si suponían sola a la muchacha... Y sí, en efecto, no cabe duda de que la han estado asustando como mejor han sabido... Pero ya está bien de cuentos chinos... Quiero saber a que viene todo esto... ¡Y quiero saberlo rápido!

Dado que eran dos contra uno, y dado, por lo demás, la descomunal estatura del sirviente, aquellas palabras pudieron tal vez parecer insólitas. Una brabuconada.

De todos modos, lo cierto es que a Errol Langg le sobraban agallas para proseguir:

—Aquí no hay zombies que valgan... Ni hay enfermedades que dejen el rostro azulado, los labios negros y los ojos rojos... Lo dicho antes, cuentos chinos que sólo pueden servir para un personal asustadizo e ingenuo. Y como yo de ingenuo no tengo nada y de asustadizo aún menos, exijo ahora mismo una explicación...

Orson Capper no respondió nada. No había asimilado aún la sorpresa que le había producido la inesperada presencia de quien, según había dicho la muchacha, era un policía. Pero la sorpresa, en cierto modo, parecía haberle sentado bien. Ahora respiraba ya con absoluta normalidad.

En cuanto a Gudú, había dejado a un lado su aspecto de zombie y había adquirido unos movimientos totalmente de este mundo.

—Creo que hablaríamos mejor si se lavara la cara, señor Capper, si es que se llama así, lo que dudo mucho, claro —prosiguió el detective—. Se sacaría del rostro todo ese tizne azulado, y de los labios toda esa pintura negra, e impresionaría menos mirarlo... Aunque, francamente, la verdad es que a mí no me impresiona usted nada... En fin, como su pongo que no le seduce la idea de lavarse, hablemos así... ¿Quién le paga a usted por representar esta mala comedia?

—Lamentará haber llegado hasta aquí, por muy policía que sea —dijo finalmente Orson Capper.

—Sólo soy detective —puntualizó Errol—. Pero más que suficiente, créame, para salir airoso de esta situación.

—¿Está seguro...? —inquirió Orson Capper, y miró al des comunal Gudú.

—Yo siempre estoy seguro —afirmó Errol.

—Pues demuéstrelo... ¡Gudú, dale un buen escarmiento! ¡Que no le queden ganas de husmear de nuevo en nuestros asuntos!

—No se metan en más líos —les aconsejó sin perder la compostura, sin alterarse, como si nada—. Hasta ahora se han limitado a asustar a la señorita Gellman... Porque la muchacha encadenada y los esqueletos no son más auténticos que el tizne de su cara, señor Capper. Yo les aconsejo, pues, que no compliquen el asunto, y van a hacerlo si me atacan a mí...

—¡Gudú, dale su merecido!

El sirviente, que dada su descomunal estatura hacía parecer pequeño a Errol Langg con su metro ochenta, avanzó decididamente.

Pero lo hizo sin técnica, sin habilidad, y al detective le costó poco esquivarlos. A los dos, porque Orson Capper atacó también, al mismo tiempo.

A continuación, el detective se revolvió, lanzando contundentemente el puño hacia adelante y alcanzando de lleno en la mandíbula a quien estaba más a su alcance. Este resultó ser el dueño del caserón.

Del golpe recibido fue a parar al suelo y patinó por las baldosas hasta tropezar con un mueble.

Errol volvió a esquivar a Gudú. Era torpón. Aún así, no pudo evitar que su puño terminara alcanzándole.

Se tambaleó un poco. Lo que no le impidió acometer con su izquierda y luego lanzarse de cabeza contra el estómago de su adversario, que por lo visto no se esperaba un ataque tan sin concesiones.

Poco después, Gudú consiguió derribarlo, e intentó, al verlo en el suelo, patearlo en la cabeza. Como era tan bestia, sin duda, de hacerlo, lo hubiera dejado en pocos segundos para el arrastre.

Pero Errol Langg se levantó con presteza, sin darle ocasión a nada y atacó de nuevo. En esta oportunidad le propinó un rodillazo impresionante entre las piernas, y cuando se dio cuenta de que los ojos de Gudú lanzaban relámpagos y bizqueaban, todo a un mismo tiempo, y cuando vio que tanteaba en el vacío como buscando apoyo, le segó las piernas de una drástica patada. Cayó tumbado, de bruces. Sin ganas, evidentemente, de proseguir con la pelea. Una pelea, que, en principio, tenía todos los pronósticos a su favor.

Orson Capper, entre tanto, se había decidido a levantarse. No se resignaba a que aquello acabara mal. Ahora estaba cogiendo a Errol Langg por el cuello, por detrás.

Sin embargo, aquel agarrón careció de importancia. El detective le dio dos codazos en las costillas y consiguió, sin necesidad de más, que lo soltara.

Mónica había podido a duras penas presenciar la pelea.

Cuando finalizó, Errol la tomó por los brazos, temiendo que se desplomara. Ella le abrazó, instintivamente.

—Bueno —resumió el detective pocos instantes después— ¿qué tal si ahora se sinceran conmigo?

—Sí, sí... —asintió Orson Capper, claudicando incondicionalmente—.

Lo mejor es que no nos metamos en más líos. En realidad, usted mismo lo ha dicho, nosotros nos hemos limitado a asustar a la señorita Gellman...

—¿Quien le ha pagado? —y no pluralizaba, excluía a Gudú, porque comprendía que era Orson Capper, únicamente él, el responsable de todo aquello.

—Unos desconocidos me entregaron un buen fajo de billetes —explicó Orson Capper— . A cambio, yo debía asustar mucho a la muchacha... Una vez devuelta a su bote, mi misión habría concluido. Ahora bien, si la muchacha localizaba el caserón y volvía, en ese caso debería asustarla de nuevo y luego debería, asimismo, sacármela de encima como mejor se me ocurriera. En este supuesto, yo volvería a cobrar...

—¿Cómo eran físicamente esos desconocidos? —preguntó Errol.

—De regular estatura, de mediana edad. Eran unos intermediarios, según me dijeron.

—A continuación Orson Capper había de justificarse así—: Yo vivía de una exigua renta y la llegada de esos desconocidos y de su rumbosa proposición hicieron que el cielo se me abriera. No reflexioné convenientemente, ahora me doy cuenta... Yo supuse que no cometería ningún acto excesivamente reprobable por asustar un poco a la muchacha que llamara a mi puerta. Por lo que, con la ayuda de mi criado, lo organizamos todo...

—Sí, es cierto —asintió Gudú, hablando por primera vez.

Se había levantado. Pero lo había hecho encogido, lleno de dolor. Tardaría en recuperarse.

—¿Y quién me asegura —inquirió Errol— que esos hombres eran efectivamente unos desconocidos para usted?

—Se lo juro, se lo juro... —dijo y repitió Orson Capper.

Al detective le pareció convincente su tono, y su expresión, así que comentó con la muchacha:

—Esos intermediarios debieron ser los mismos que se encargaron de llevar el bote de remos desde el Resplendency Hotel hasta este lugar de la costa. El asesino, por sí solo, no pudo hacerlo todo...

—No, claro —repuso Mónica.

—Espero que sea verdad lo que me ha dicho, señor Cooper —dijo el detective seguidamente—. De lo contrario, peor para usted. Volvería y...

—No le he mentido. ¿Por qué iba a hacerlo si ya me doy cuenta de que estoy en sus manos?

—Una buena respuesta. A propósito, ¿quién es la muchacha encadenada?

—Una sobrina mía —contestó Orson Capper—. Le pedí ayuda para que todo quedara mejor...

—Vaya y suéltela. Debe sentirse mal encadenada, aunque sea de

mentirijillas.

* * *

Ya en el Resplendency Hotel, Errol Langg se acercó a la ancha y reluciente barra del bar.

Sin embargo, no ocupó ninguno de los altos taburetes. Se quedó allí, simplemente de pie.

Mónica había optado por esperarlo en el coche. Prefería no inmiscuirse en aquello.

El detective se quedó con la atención puesta en el barman con el que unas horas antes había intercambiado unas cuantas frases.

—Que, ¿se lo ha pensado bien? —se decidió a preguntarle—, ¿Va a colaborar a las buenas?

—Yo no sé nada —contestó el barman—. Ni he hecho nada. Puede creerme.

—Puedo, pero no lo creo —manifestó Errol—. Así que la cosa se complica. Más para usted que para mí, por des contado.

—Yo le... le aseguro... —y el barman no le salían las palabras.

—Vayamos a otra parte —dijo Errol—. A solas nos en tenderemos mejor.

Dio la vuelta a la barra y empujó al barman, obligándolo a traspasar la puerta que daba a la parte trasera del bar.

—A golpes, si es preciso, voy a sacarle la verdad —repuso Errol amenazadoramente.

Viendo las manos del detective hundidas en los bolsillos de su pantalón, el barman las imaginó convertidas en férreos e implacables puños.

Se dejó caer desfallecido en un taburete que había por allí.

—Levántese —le exigió Errol Langg.

No obedeció con la presteza precisa y se sintió izado bruscamente por el corbatín.

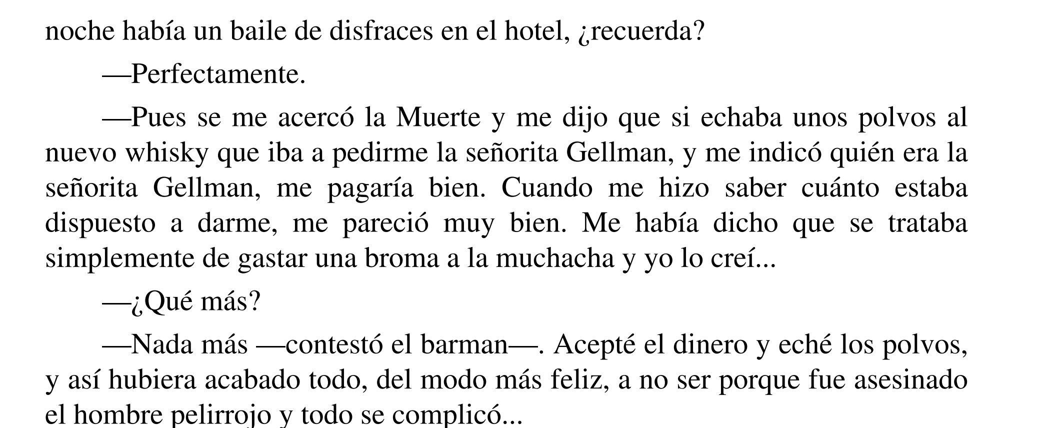
Luego se vio empujado contra la pared, mientras la otra mano del detective, sin concesiones, lo abofeteaba.

—De acuerdo, se lo diré...

No había hecho falta más para que se decidiera a hablar. Los métodos empleados no habían podido resultar, indudablemente, más convincentes.

—Empiece.

—Se me acercó la Muerte... —empezó a decir el barman—. Aquella



noche había un baile de disfraces en el hotel, ¿recuerda?

—Perfectamente.

—Pues se me acercó la Muerte y me dijo que si echaba unos polvos al nuevo whisky que iba a pedirme la señorita Gellman, y me indicó quién era la señorita Gellman, me pagaría bien. Cuando me hizo saber cuánto estaba dispuesto a darme, me pareció muy bien. Me había dicho que se trataba simplemente de gastar una broma a la muchacha y yo lo creí...

—¿Qué más?

—Nada más —contestó el barman—. Acepté el dinero y eché los polvos, y así hubiera acabado todo, del modo más feliz, a no ser porque fue asesinado el hombre pelirrojo y todo se complicó...

—¿Está seguro de que no se guarda nada en la manga? —inquirió Errol.

—Se lo he dicho todo, puede creerme.

—Por cierto, ¿había visto alguna que otra vez a ese hombre? —preguntó.

—No creo —dijo el barman—. Por lo demás, aunque volviera a verlo no podría reconocerlo. Quien se acercó a mí era sólo un disfraz. Era la Muerte...

—Le concederé un margen de confianza —repuso Errol—. Es lo máximo que puedo hacer por usted.

No se dilató en más consideraciones y salió del hotel. Con sus habituales-pasos, largos, firmes.

En la explanada, en el coche, Mónica lo esperaba.

—¿Qué tal le ha ido? —quiso saber al verlo llegar.

—Más o menos como me imaginaba.

—¿Eso es bueno o malo?

—Regular.

Ya en dirección a Creenwood, había de ser la muchacha la que rompiera el silencio preguntando:

—Y la pistola, ¿para qué ocasiones la guarda? Mientras se peleaba en el caserón con ese par de tipos, me lo he estado preguntando...

—Reservo mi automática para situaciones límite.

—¿No era ésa una situación límite?

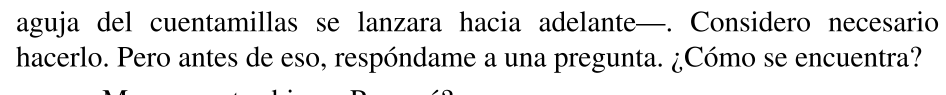
—Ya ha visto que no. He podido sobradamente con los dos.

—Admito que vale usted mucho. Supongo que es esto lo que esperaba que dijera, ¿no?

—Lo que esperaba, no exactamente. Lo que deseaba, eso si.

—Pues queda dicho. Pero si vale usted tanto, dígame qué ha sacado en limpio de nuestra correría. Yo sigo lo mismo que antes.

—Voy a informarla —repuso Errol Langg, y maniobraba el volante con indudable pericia, gustándole, a juzgar por la velocidad que llevaba, que la



aguja del cuentamillas se lanzara hacia adelante—. Considero necesario hacerlo. Pero antes de eso, respóndame a una pregunta. ¿Cómo se encuentra?

—Me encuentro bien. ¿Por qué?

—Si se ha llevado unos cuantos sustos, y si por lo demás está enferma del corazón, lo lógico es suponer que haya podido empeorar...

—Mi dolencia es leve —dijo Mónica.

—Su dolencia es grave —le corrigió el detective—, Así al menos me lo ha dicho el doctor Mundigan.

—¿Cómo...? —se sorprendió la muchacha.

—No se asuste, no le pasa nada a su corazón —se apresuró a dejar claro el pormenor— . Nada absolutamente. El doctor Mundigan miente.

—¿Qué está diciendo?

—Que el doctor Mundigan miente... —repitió—. Y lo he sabido desde el primer momento. ¿Recuerda que se dejó olvidado el monedero en el bar del hotel? Pues yo cogí las pastillas que llevaba, las que me dijo que el doctor Mundigan le había recetado, y las analicé... Esas pastillas —agregó— no contienen ninguna sustancia especial. Son totalmente inocuas. Vamos, que no sirven para nada.

—Me cuesta creerlo... —Mónica se había quedado desconcertada.

—Por eso la he metido en la aventura que juntos acabamos de vivir —repuso Errol, y seguía el trazado de la carretera sin aflojar la velocidad—. De no ser como le he dicho, hágase cargo, yo hubiera sido el primero en cuidarla...

—Pero, bueno, ¿qué se deduce de todo eso...? —y antes de que el detective le respondiera—: Del doctor Mundigan no puedo pensar nada malo. Me aprecia mucho y...

—¿Está segura de que la aprecia? —ironizó Errol.

—Sí, sí...

—No asienta tan convencida. Hacerla creer que está enferma cuando en realidad se halla totalmente sana, me huele muy mal.

—Eso parece —reconoció la muchacha—. De todos modos, a mí me cuesta creer... —le faltaron los razonamientos y preguntó—: ¿Qué vamos a hacer?

—Déjeme a mí —se limitó a responder Errol—. Cuando le toque intervenir a usted, ya se lo diré. ¿De acuerdo?

—Sí.

CAPITULO VII

En el amplio y elegante salón. Errol Langg acababa de referir a los presentes como se habían desarrollado los acontecimientos.

No había omitido nada por considerar que era innecesario tomarse esa molestia. Desde luego, estaba convencido de que el culpable era una de las cuatro personas que lo habían estado escuchando.

—Desconcertante... —fue el doctor Mundigan el primero en opinar.

—Sí, todo esto es muy desconcertante —convino David Gellman, con gestos nerviosos.

—Que alguien pretenda hacer daño a mi hermana —Karl la miró con el cariño entrañable de siempre— es algo que no me explico. Es una muchacha tan buena...

—Pero dentro de poco va a heredar —observó Ernest Lewitt, el administrador.

—¿Y que vaya a heredar tiene algo que ver...? —preguntó Karl.

—Supongo que sí —remachó el administrador.

—¿Qué ha querido decir? —preguntó David Gellman.

—Supongo que se adivina, ¿no? —inquirió Ernest Lewitt.

—Lo adivinará usted, no yo —dijo el doctor Mundigan removiéndose un poco demasiado en el asiento.

Mónica los observaba, pero no decía nada. Había dejado a la elección del detective el modo y la forma de actuar.

—Voy a decir algo —Ernest Lewitt se había levantado de su asiento, pero con calma, con serenidad, como esforzándose por no perder la compostura. Añadió—: Yo soy el administrador de la familia Gellman desde hace muchos años. Disfruto de la confianza de todos y me siento muy honrado por ello. Ahora bien... —y se detuvo.

—Prosiga —dijo David Gellman.

—Dadas las circunstancias —prosiguió Ernest Lewitt— me creo en la obligación de poner los libros de contabilidad a la disposición de quien desee mirarlos... Ya sé que usted, señor Gellman —miró al tío de Mónica—, suele hacerlo de vez en cuando, pero me consta que lo hace superficialmente, así que, insisto...

—Parece suponer, señor Lewitt, que desconfiamos de usted —dijo Karl —, Y no es así.

Por lo que a mí al menos respecta...

—Cuando uno tiene las manos metidas en el dinero de otro, las sospechas, si se presentan, recaen siempre... —Ernest Lewitt no acabó la

frase.

—Según como se mire —repuso Karl— también se podría sospechar de mí. En realidad, todo ese dinero sería mío si a Mónica le sucediera algo irreparable...

—En eso mismo estaba pensando yo —observó David Gellman, con sus siempre nerviosos gestos.

—No me sorprenden en absoluto tus palabras, tío —Karl sacó un cigarrillo, encendiéndolo. Posiblemente quería demostrar una calma que estaba perdiendo.

Agregó—: Usted nunca me ha querido.

—Lo reconozco, nunca te he querido —reconoció David Gellman—. He tenido mis motivos.

—Motivos injustificados —manifestó Karl—. Que usted se enamorara de una mujer y que ella se casara con otro, no es razón suficiente para odiar al hijo...

—No me gusta hablar de Charlotte —David Gellman se levantó para servirse un whisky— . Aunque sí me complace recordar que conseguí que tu padre te desheredara.

—Fue una tremenda injusticia —dijo Karl—, Yo no me merecía una cosa así.

—Si habías de parecerte a tu madre, Charlotte, y ahora soy yo quien la nombro, mejor, mucho mejor que todo fuera para Mónica.

—Siempre ha tenido muy mala opinión de mi madre —se enfadó Karl.

—No llegarán a ninguna conclusión válida si se exaltan sus ánimos —intervino Errol Langg.

—A mí, lo que me gustaría saber —repuso el doctor Mundigan— es por qué está usted tan convencido —y miró al detective— de que el asesino del hombre pelirrojo es el que ha organizado todo para... para que Mónica haya vivido unos sucesos tan insólitos...

Quedó cortada la conversación al oírse unos gritos de mujer. Unos gritos estridentes, histéricos, que parecían engarza dos unos en los otros.

—¿Qué debe suceder...? —se sobresaltó David Gellman.

—Es la voz de la cocinera... —dijo Karl.

—Parece como si pasara algo horrible —repuso Ernest Lewitt, el administrador.

—Vayamos a ver —agregó el doctor Mundigan.

Los que aún estaban sentados se habían puesto súbitamente en pie. Uno de ellos había sido Errol. Quien dijo al doctor Mundigan, ya ambos en dirección de aquellos gritos.

—Mañana iré a su consultorio.

—¿Se encuentra usted mal...? —inquirió el facultativo con tono profesional, pero la verdad es que se trastornó su expresión.

La respuesta del detective fue:

—Nunca me he encontrado mejor.

* * *

Aquellos gritos habían sido proferidos por la cocinera. No sin que la razón justificara plenamente la estridencia y el histerismo de los mismos.

Poco antes, había salido de la casa para charlar un poco con la sirvienta de la vivienda contigua. La había visto acercarse por la ventana de la cocina.

Quería, ante todo, preguntarle por Sylvia. No comprendía lo que podía haberle pasado a la doncella, no la encontraba por ninguna parte.

—Algunos pantalones...

—No, no —negó la cocinera— Sylvia no es capaz de faltar a sus obligaciones de este modo.

—Pues si no se trata de eso, no lo entiendo...

Cuando regresaba de nuevo a la casa, es cuando la cocinera lo entendió todo. Pero ¡qué macabro, que espantoso, que realmente aterrador resultó lo que, aunque viviera cien años, no podría olvidar nunca!

Al cruzar junto a unos crecidos matorrales, vio allí, medio escondido, un pequeño saco. O mejor dicho, dos pequeños sacos. No, no eran dos como había supuesto. Eran tres.

Los sacos estaban llenos, repletos.

Su abertura, empero, no había sido escañada, no había sido atada, así que, pensé, le costaría poco averiguar lo que contenían.

Se acercó a uno de dichos sacos, abriéndolo...

Lo soltó como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

Llena de espanto. De horror. Se miró las manos. Se le habían teñido de rojo...

Habían aparecido unos cabellos, y una cabeza decapitada... También había allí un brazo, el derecho, doblado. Y una pierna, la izquierda, doblada.

Cabeza, brazo y pierna pertenecían a Sylvia. Estaba espeluznantemente claro.

También estaba claro lo que debían contener los otros sacos. El resto del cuerpo de la pobre e infortunada muchacha.

Un cuerpo que había sido troceado sin duda para que su traslado resultara más fácil, más cómodo.

Fue entonces cuando la cocinera se puso a gritar con todas sus fuerzas.

—No la encontraba por ninguna parte, no me imaginaba donde pudiera estar... —gimió en presencia de los componentes de la familia Gellman, y del administrador, y del doctor Mundigan.

También, asimismo, en presencia de Errol Langg. Este le preguntó:

—¿De dónde han podido salir estos sacos? ¿Lo sabe usted?

—Tal vez del sótano —respondió la cocinera—. Allí hay unos cuantos como éstos.

—Acompáñeme al sótano.

—Sí, sí...

Errol estuvo en el sótano, mirando por todos lados. Encontró los sacos. Eran de los mismos, desde luego.

David Gellman lo había seguido. Y también Karl Gellman. Había hecho otro tanto el doctor Mundigan y Ernest Lewitt. En cuanto a Mónica, estaba ya allí.

Cuando el detective abrió el armario de dos cuerpos y lo encontró vacío, una de aquellas personas no pudo menos de decirse a sí misma:

«¿Qué esperabas, encontrar pruebas de que la Muerte y su guadaña salieron de esta casa? Has pecado de iluso. Ya he destruido el disfraz y la guadaña está escondida en el suelo, bajo un tablón.»

CAPITULO VIII

El doctor Mundigan, tras la mesa del escritorio de su consultorio médico, observó al detective que acababa de tomar asiento.

—Me dijo que nunca se ha encontrado mejor. No comprendo, pues, el motivo de su visita.

—Iré directo al asunto, doctor Mundigan.

—Sí, hágalo.

—La señorita Gellman no tiene ninguna lesión en el corazón —se lo soltó de pronto, a boca jarro—. Ni leve, como le dice usted a ella, ni grave como les dice usted a sus familiares. Así las cosas, es evidente que su proceder resulta harto sospechoso...

—Puede creerme —aseguró el facultativo, casi desmoronándose sobre la mesa— lo he hecho todo por el bien de ella.

—Si no me lo explica mejor temo mucho no llegar a entenderlo.

—No, claro.

Había comprendido que debía ofrecerle al joven detective la debida aclaración. La situación lo exigía.

Dejó de apoyarse en la mesa, como si su apoyo ya no le hiciera tanta falta y dijo.

—Parezco el malo de la historia, ¿no es eso? Pero no lo soy.

—Deseo creerle —repuso Errol Langg.

—Se convencerá de ello apenas le esclarezca el caso.

—Quedo a la espera de sus palabras.

Antes de empezar a hablar, el doctor Mundigan se concedió una pausa. Tal vez para terminar de rehacerse.

—Yo siento un cariño sincero y profundo por la señorita Gellman —empezó diciendo—. No quisiera que por nada del mundo pudiera sucederle algo malo. Pero desde hace tiempo hay alguien que desea su muerte y yo capté ese deseo en medio del ambiente que la rodea. Acabé diciéndome que tenía que hacer algo...

—¿Como qué? —preguntó Errol.

—Mónica se desmayó a causa de una simple lipotimia, y fue en ese momento cuando se me ocurrió decir que estaba enferma del corazón —refirió el doctor Mundigan—. Muy enferma, según dije a su tío, y a su hermanastro, y a Ernest Lewitt, el administrador... Tan enferma que, si no se cuidaba lo conveniente, si no vivía tranquila y reposadamente, se agravaría y...

—Y moriría —concluyó—. ¿Es eso?

—Sí. Ninguna medicina podría evitarlo. Eso es lo que dije.

—Pretendiendo, ¿qué exactamente?

—Si alguien había decidido matar a Mónica, cambiaría de idea y dejaría de hacerlo al saber que su vida dependía de un hilo... En todo caso, intentaría cortar ese hilo...

—Acláremelo un poco más, por favor.

—¿A qué matar a una persona y convertirse en un asesino, si puede resultar mucho más fácil, y sobre todo mucho menos comprometido, proporcionarle unos cuantos disgustos o unos cuantos sobresaltos...?

—Comprendo.

—Yo me dije a mí mismo —prosiguió el doctor Mundigan— que de ese modo, de momento al menos, protegía a Mónica. Si luego la situación se complicaba y yo me reafirmaba en mis temores, pues entonces la pondría a ella sobre aviso...

—Me ha convencido, doctor Mundigan —dijo Errol, sin querer que el facultativo se dilatase en más pormenores. En realidad, algo muy parecido a lo oído era lo que esperaba oír—. Dígame ahora, ¿de quién desconfía usted...?

—No lo sé —reconoció.

—De alguno, en particular, más que de otro... ¿no es así?

—Si he de serle sincero —repuso el doctor Mundigan— los tres merecen mi simpatía y, pese a todo, mi confianza... Y me estoy refiriendo a David Gellman, el tío de Mónica, y a Karl Gellman, su hermanastro, y a Ernest Lewitt...

—El administrador —dijo el detective—. Empecemos por él. ¿Qué motivos puede tener para querer quitar de en medio a la muchacha?

—Cuestiones de dinero, supongo. Quizá sus libros de contabilidad no están tan claros como él se esfuerza en hacer creer.

—En cuanto a David Gellman... —apuntó.

—Mónica ha sido su niña mimada —contestó el doctor Mundigan— pero no exactamente por ella misma. Aborrecer a Karl significa dedicar lo mejor de sus sentimientos a la muchacha, simplemente eso. Como inevitable contrapartida, ¿entiende?

—Sí. ¿Y Karl Gellman?

—En caso de que Mónica muriese todo el dinero sería para él. Pero nunca me ha parecido un joven ambicioso. A él parece bastarle con su carrera de ingeniero.

—¿Hay alguna mujer en la vida del joven Gellman? —preguntó el detective a continuación.

—No que yo sepa.

—¿Y en la vida del administrador, el señor Lewitt.

—Ninguna en especial.

—¿Y en la vida de David Gellman?

—Sólo Charlotte —aseguró el doctor Mundigan.

—Pero ella se casó con su propio hermano...

—Aún así, él siguió amándola. Amándola más allá de lo imaginable.

—Y odiándola al mismo tiempo. A juzgar por su manera de reaccionar con Karl, todo lo hace presumir así.

—Desde luego.

—Por lo demás —remachó Errol— hace ya muchos años que Charlotte murió. Lo lógico es que haya habido, o haya aún, otra mujer en la existencia de ese hombre.

—Alguna furcia, no le digo que no. Sólo eso.

—Por cierto, si el cuerpo de la pobre Sylvia fue hallado dentro de unos sacos, unos sacos idénticos a los que después encontramos en el sótano de la casa, eso hace que se confirme la suposición de que el asesino vive bajo aquel techo, ¿no cree?

—Por descontado. —Y agregó—: Sacando el cadáver de la casa, intentó alejar sospechas, y para facilitarse el trabajo se le ocurrió partirlo en trozos. Así pudo sacarlo mejor, el peso no fue un impedimento. Pero los sacos fueron hallados y...

—Bueno —había llegado el momento de resumir y Errol Langg lo hacía — si no tenemos pruebas contra ninguno de ellos, sólo nos queda buscarlas...

—Pero ¿cómo conseguirlas? Lo veo difícil.

—Yo lo veo sencillo.

—¿Si?

—Bastará con que nos ayude un poco la señorita Gellman.

* * *

Cuando le dijo a Mónica de lo que se trataba, la muchacha respingó.

—¿Y a eso llama usted ayudar un poco...? —inquirió—. ¡Sin duda ha bromeado! Aunque debe ser que no le he entendido bien, señor Langg. ¿Quiere repetírmelo, por favor?

—Se trata de hacer que los acontecimientos se precipiten, que el culpable se delate.

Que se delate con una expresión, con una actitud, como sea. Una vez conseguido eso lo demás irá ya rodado.

—Pero ¡me ha pedido que me muera! —protestó la muchacha.

—Le he pedido —corrigió el detective— que se haga la muerta. No es lo mismo.

—Pero ¿cómo voy a hacerme la muerte si estoy viva? —Mónica seguía protestando.

—Bueno —condescendió—, si la idea de hacerse la muerta no le cae bien, podemos limitarnos a decir que está en coma. En coma profundo, irreversible...

—No espere que colabore.

—A nadie ha de sorprenderle que su lesión cardiaca se haya agravado —insistió Errol— , Después de los malos ratos pasados en el caserón, su enfermizo corazón...

—No espere que colabore —repitió Mónica.

Pero no siguió negándose porque Errol, de un modo ciertamente alevoso, usó su arma más convincente. Un arma que en ese caso concreto no era su automática.

Estrechó a la muchacha contra su pecho, le dio un par de palmaditas en el trasero y seguidamente la besó largamente en la boca.

CAPITULO IX

Tras haber permanecido más de una hora junto al lecho de la muchacha, el doctor Mundigan había bajado al salón. Acababa de decir:

—No puede hacerse nada. Ha caído en coma profundo, irreversible... ¡Pobre Mónica!

Errol Lang, que era quien estaba dirigiendo la estrategia de la farsa, había desaparecido de escena, es decir, de la casa de los Gellman.

Era preciso dar la sensación al asesino, de que se hallaba lejos de ser desenmascarado.

Eso, posiblemente, lo induciría a proceder con menos tiento.

Pero, bueno, la verdad es que Errol sólo se había alejado aparentemente de allí. Había vuelto, entrando en la casa por la puerta trasera y colándose sin que nadie lo viera hasta el dormitorio de la enferma. En estos momentos se hallaba en la estancia contigua, cuya puerta había dejado levemente entornada.

Desde allí vería a las personas que se acercaran al lecho de Mónica. Un lecho sumergido en una densa penumbra.

Pero a pesar de esa penumbra, Errol les vería bien porque la luz de la lamparilla de noche había sido colocada de forma y manera que quedaran bien visibles, desde aquel punto de mira, los rostros de las personas que pasaran por allí.

—Considero urgente una consulta médica —dijo Karl al doctor Mundigan.

—Sí, claro —asintió David Gellman.

—Sí, sí... —manifestó Ernest Lewitt.

—Acabo de telefonear a varios colegas —repuso el doctor Mundigan—, Dentro de poco estarán aquí y la consulta médica se llevará a cabo. Pero no hay nada que hacer... —Y repitió—: Ha caído en coma profundo, irreversible...

Eran las doce de la noche y en el amplio y elegante salón sólo se había oído, hasta hacía poco, el tictac monótono del reloj.

—¿Puedo ir a verla...? —preguntó Karl seguidamente.

—Sí —contestó el doctor Mundigan.

—Yo también voy a ir —repuso David Gellman.

—Y yo... —añadió el administrador.

—De uno en uno —apuntó el doctor Mundigan, deteniéndolos—. Es preferible. De todos modos, Mónica no oye, ni puede hablar, ni vería aunque abriera los ojos... —E hizo hincapié en lo dicho antes—: Esto es el final.

—Vaya usted... —Karl le cedió el puesto a su tío, por deferencia a su edad, o por lo que fuera.

—Vete tú, yo iré luego —le contestó David Gellman.

—Como quiera —y Karl salió del salón.

Poco después, desde la estancia completamente a oscuras en que se hallaba, y junto a aquella puerta levemente entornada, Errol Langg veía como se acercaba al lecho el hermanastro de la muchacha.

Una vez allí, Karl se detuvo.

El detective no veía a Mónica. Toda ella, cuerpo, cara, se hallaban en la penumbra. Pero sabía que estaría con los ojos cerrados, fingiendo hallarse privada de conocimiento.

El detective veía bien, eso sí, el rostro de Karl. La luz de la mesilla de noche cumplía perfectamente con su misión.

Vio tristeza en el rostro de Karl. Una tristeza honda, profunda, que empañó de lágrimas sus ojos. Después, Karl dio media vuelta y salió de allí con pasos lentos.

Instantes después entraba el administrador, Ernest Lewitt. Por lo visto al tío de la muchacha no le había importado que pasara a verla antes que él. Posiblemente prefería quedarse el último para poder permanecer más rato con ella.

Ernest Lewitt se acercó al lecho y su rostro quedó proyectado por la luz de la mesilla de noche. Una luz tenue, discreta, pero suficiente para lo que se pretendía.

Errol vio tristeza en aquel rostro. Como poco antes la había visto en Karl Gellman.

Comprendió que, hasta ese momento al menos, todo aquello no había sido más que un lamentable perder el tiempo. Pero aún faltaba David Gellman...

El tío de la muchacha entró en la estancia unos cinco minutos más tarde, y cerró la puerta tras sí. Se acercó a la cama.

Su rostro, como primero el de Karl y como luego el del administrador, quedó reflejado por la luz de la mesilla de noche.

Y entonces, sin necesidad de más, Errol supo ya quién era el culpable, quién era el asesino. Porque los ojos de David Gellman despidieron un brillo centelleante, mientras su boca se torcía en una sonrisa de malévolo triunfo.

No hacía falta ver más. Pero Errol Langg siguió donde estaba, mirando, observando.

Presintió que el desenlace se lo iba a ofrecer el propio interesado como una inesperada e insólita propina.

Así que, en lugar de abrir la puerta y aparecer en el dormitorio de la falsa paciente, optó, lo dicho, por seguir mirando, observando. Quieto, inmóvil. Simplemente a la expectativa.

—He tenido que hacerlo, Mónica —le oyó decir poco después, entre dientes, a David Gellman—, Por mi culpa Karl fue desheredado y los remordimientos no me han dejado vivir, me han torturado... Me han torturado hasta convertir mi vida en un infierno...

Porque has de saberlo, Mónica, desde hace muchos años Charlotte aparece ante mí y me reprocha lo que hice... Aparece ante mí en el salón, en la biblioteca, en mi propio dormitorio, como si no estuviera muerta...

David Gellman se detuvo.

Errol siguió tras la puerta.

—Pensé en matarte, Mónica —prosiguió diciendo, y parecía aumentar el brillo centelleante de sus ojos y el rictus malévolo de su boca— pero me detenía el saber que, de hacerlo de un modo vulgar, todas las sospechas recaerían en Karl... Y yo me había propuesto ayudarle, no perjudicarle... Así que, cuando te desmayaste y el doctor Mundigan nos hizo saber que estabas enferma del corazón, se me ocurrió cómo acabar contigo... Desde ese momento, no pensé más que en tramarlo todo... Por lo demás, tú misma ibas a facilitarme las cosas. Ante tantos cuidados por parte de la familia, ¿no solías decir que el día menos esperado cogerías el coche, te dirigirías al Resplendency Hotel, jugarías a la ruleta, beberías varios whiskys y saldrías a dar una vuelta en uno de los botes de remos...? Pues partiendo de que hicieras lo que decías, y estaba convencido de que un día ibas a hacerlo, todo tenía que resultar muy sencillo para mí...

David Gellman se detuvo de nuevo.

Por su parte, Errol no se movió. Si David Gellman lo estaba refiriendo todo por las buenas, ¿a qué interrumpirlo...? Pero nunca creyó, ciertamente, que la explicación de todo aquello pudiera estar siéndole ofrecida tan generosamente.

No obstante, David Gellman había cerrado la puerta y creía estar solo.

—Tuve que organizar a conciencia el plan a seguir. Por lo que, ante todo, me vi obligado a recurrir a un par de maleantes —había seguido con su explicación—. Un par de maleantes que se avinieron a colaborar conmigo por dinero, sin pedirme cuentas de quién era yo ni de que era lo que verdaderamente pretendía... Fueron ellos, Mónica, quienes te llevaron el bote de remos en que tú ibas hasta el lugar de la costa en que, un poco más allá, te esperaba el caserón... Arrastraron el bote enganchándolo a una pequeña lancha motora... Y fueron ellos, por lo demás, quienes dieron la cara ante el dueño del caserón... Este, Orson Capper se llama, o dijo llamarse, también se avino a colaborar, por dinero, claro... Asimismo, por dinero, el barman del bar del hotel te puso un somnífero en el segundo whisky que tomaste... Pero fui yo... yo... —y había ahora en David Gellman mucho de enajenación, de delirio— yo... yo... quien maté al hombre pelirrojo...

Se interrumpió de nuevo. Si bien esta vez había de proseguir con una

precipitación que parecía tener mucho de frenética.

—Ese hombre, se llamaba Peter, era un forastero. Conoció a Sylvia y se interesó por ella. Pero Sylvia no le hizo caso, a ella le gustaba nuestro joven mayordomo. De cualquier forma, Peter no se resignó a sus desaires y un día se atrevió a entrar en esta casa.

Acababa de salir la cocinera, dejando la puerta sin cerrar pues iba a regresar enseguida, y Peter, lo dicho, se metió dentro. Fue entonces cuando Peter me oyó hablar por teléfono...

Yo hablaba con uno de esos dos maleantes, dándole órdenes... Peter oyó lo suficiente, qué duda cabe, para comprender lo que yo me proponía hacer contigo, Mónica... Y me proponía que se agravara inexorablemente tu dolencia cardiaca... Pero huyó de la casa — agregó David Gellman— sin que yo pudiera detenerlo... Pero estuvo pendiente de él a partir de ese momento y adiviné que pensaba sacarle tajada al asunto... Por eso, en el Resplendency Hotel, lo maté... Como maté a Sylvia en el sótano...

Ella había hablado últimamente con Peter y sin duda sabía ya demasiado...

Otra interrupción.

Y de nuevo sus palabras, que fluían como arrastradas por una necesidad de ser escuchadas por sí mismo. Como si sólo así pudiera estar justificándose debidamente.

—Me disfracé —siguió diciendo—. Me convertí en la Muerte... En el Resplendency Hotel hay a menudo bailes de disfraces... Iba a ser una buena manera de pasar desapercibido... Y cogí la guadaña, claro que sí... Presentí que iba a necesitarla...

Calló.

Y volvió a hablar:

—Después de matar al hombre pelirrojo, le quité la documentación. De este modo dejé a la policía sin saber quién era... Así ponía trabas a la investigación... Pero, bueno, tampoco me importa demasiado que su identidad llegue a saberse... Nadie me va a relacionar con él... Aunque deberé andar con cuidado. Se ha encontrado el cuerpo de Sylvia y los sabuesos han empezado a rondarla por aquí cerca...

Mónica ya no pudo soportar más aquella situación. No dio más de sí su serenidad, su valor, su sangre fría. ¡ Bastan te había hecho con aguantar hasta entonces!

De pronto abrió los ojos y se incorporó en el lecho, mientras se le escapaba un jadeo.

Más que sobrado, indudablemente, para que David Gellman comprendiera que todo aquello no había sido más que una encerrona. Una farsa, evidentemente bien hecha, correctamente desarrollada, perfectamente

llevada a cabo.

Retrocedió varios pasos.

—No te estás muriendo... —musitó.

—No, tío —dijo ella.

Errol había ya abierto la puerta e irrumpido en la estancia con pasos largos y firmes.

Habló a su vez:

—A Mónica no le pasa nada. Es a usted a quien va a pasarle, porque va a tener que responder de...

David Gellman reaccionó con inusitada rapidez. Giró sobre sus talones y se precipitó hacia la puerta. Ya allí, salió al largo corredor, lo recorrió y bajó velozmente la escalera.

Una vez abajo, algo, no supo exactamente qué, le hizo dirigirse al sótano. Tal vez, inconscientemente, pretendía recuperar la guadaña... Aunque quizá, simplemente, se trataba de escapar por el sótano. El sótano, que ocupaba toda la extensión de la casa, tenía varias salidas.

Errol Langg lo siguió. No estaba dispuesto a concederle opciones de ningún tipo.

—¿Qué sucede...? —había de preguntarle el joven mayordomo.

Desde luego no terminaba de entender aquella persecución.

Pero si la entendieron Karl Gellman y Ernest Lewitt, y el doctor Mundigan, cuando el detective les dijo que lo siguieran, que el culpable estaba ya desenmascarado.

Fue, pues, Karl Gellman, Ernest Lewitt, y el doctor Mundigan, y también el joven mayordomo, y asimismo Mónica que no tardó en aparecer anudándose una bata, quienes fueron tras los pasos del detective.

Pasos que, dada su rapidez, no dieron ocasión a que David Gellman los desconcertara con su huida.

Pero hubo unos instantes de lógico desconcierto por parte de Karl Gellman y del administrador. No en vano ambos habían creído que la muchacha se estaba muriendo.

De cualquier manera, todo ellos se encontraron pronto en el sótano.

—Vale más que se entregue —aconsejó Errol.

David Gellman movió negativamente la cabeza. No estaba dispuesto a dejarse cazar.

—Nunca le hubiera creído capaz de esto, tío —murmuró Mónica, aun sin terminar de asimilar aquello.

—Tenía que devolver a Karl lo que injustamente, por culpa mía, le fue arrebatado — dijo David Gellman—, Y no podía hacer otra cosa que acabar contigo... Pero sigues con vida, no te pasa nada... Todo ha sido una trampa...

—Una trampa para que cayera el culpable, que ha resultado ser usted —repuso Errol— . Y culpable, no sólo de intenciones malévolas, sino de haber acabado con dos vidas... la del hombre pelirrojo y la de Sylvia...

—Cualquier cosa por conseguir mí propósito.

—No se ha salido con la suya. Compréndalo y entréguese...

Volvió a mover negativamente la cabeza.

—No hará falta que lo detenga el señor Langg —repuso seguidamente Ernest Lewitt—, Lo haré yo mismo... Y será un placer hacerlo. ¡Pensar que ha querido matar a Mónica!

El administrador se lanzó decididamente hacia adelante, seguido del joven mayordomo. Ambos consideraban que era aquél el momento de detenerlo.

Pero aquello no iba a resultar sencillo. Y se percataron de ello al ver que David Gellman, de pronto, levantaba una tabla del suelo y sacaba una guadaña...

Y no sólo la sacó de su escondrijo, sino que empezó a maniobrar con ella de un lado para el otro, rabiosamente, frenéticamente, como queriendo segar todo lo que se le antepusiera.

Ernest Lewitt y el joven mayordomo retrocedieron con toda la presteza que pudieron, dando incluso un par de saltos hacia atrás, pero su celeridad no resultó suficiente y se vieron cogidos por aquella acerada hoja corva que relucía lanzando siniestros destellos.

Un chorro de sangre fluyó del hombro de Ernest Lewitt. El corte, incisivo, profundo, debió partirle hasta el mismo hueso del brazo. Evidentemente era así porque el brazo le quedó colgando.

La sangre, asimismo, manó en abundancia de la pierna derecha del joven mayordomo.

El tajo había sido también de consideración. Un poco más y la pierna derecha hubiera quedado amputada.

—¡Quieto! —exclamó Errol Langg, y sacó a relucir su pistola—. ¡Quieto!

David Gellman alzó la guadaña y dio un fuerte golpe a la bombilla que pendía del techo.

Esta saltó hecha añicos.

Se quedaron totalmente a oscuras.

* * *

David Gellman había aprovechado la oscuridad para salir del sótano,

para escapar de la casa. Conocía bien aquel lugar, así que pudo desenvolverse con cierta facilidad en medio de aquellas momentáneas tinieblas.

Ya fuera de la casa, se dirigió al garaje. Necesitaba un coche. Cualquiera de ellos le serviría.

La oscuridad de la noche era intensa. No tanto, sin embargo, como eran las tinieblas, poco antes, en el sótano.

Se puso al volante del primer coche que encontró, mientras ya veía a Errol Langg y a los demás que salían dispuestos a darle alcance.

Apretó el acelerador y pasó junto a ellos, cegándolos con los focos, como una exhalación. Como un; mortal exhalación, pues estaba dispuesto a atropellarlos antes que a detenerse.

Una vez los hubo dejado atrás, David Gellman cogió la dirección de la carretera.

Y allí aumentó de nuevo la velocidad. Era preciso que no lo alcanzaran.

Le constaba que Errol Langg estaría ya persiguiéndolo.

Así que sabía que no podía concederse dilación ninguna.

Pero estaba devorando las millas a una velocidad increíble y terminó convenciéndose de que el detective debía haber desistido ya de darle alcance. Aunque esto, David

Gellman cambió de idea, era hacerse ilusiones tontas. No tenía Errol Langg, francamente, pinta de desistir de nada.

Como en realidad estaba temiendo ver aparecer su coche en el espejo retrovisor, no hacía más que mirar hacia allí. Una y otra vez. Siempre con el temor brillándole en los ojos.

Y fue una de esas veces, cuando David Gellman sufrió una sacudida convulsa. Una sacudida que le hizo botar en el asiento como una auténtica pelota.

Acababa de ver, a través del espejo retrovisor, que había alguien acomodado en el asiento trasero de su coche.

No terminó de creérselo y volvió la cabeza hacia atrás. Sólo por unos segundos, pues el sinuoso trazado de la carretera no permitía otra cosa.

El espejo no le había engañado. El espejo se había limitado a reflejar lo que allí había. Y allí, en efecto, había alguien.

¡Y ese alguien era la Muerte!

—No soy un vulgar disfraz —oyó tras él una voz tenebrosa, espeluznante —. Soy la Muerte verdadera, auténtica... Vengo a llevarte conmigo... —y movió sus huesos brazos, sus huesudas manos, y dejó ver su guadaña.

—¿Qué dices...? —inquirió David Gellman, hecho un tempano su cuerpo y su alma, trastornado su raciocinio, sintiendo que el ahogo del miedo, del pánico, del pavor, estrangulaban despiadadamente su garganta.

—Digo que vengo a llevarte conmigo —repitió la Muerte—. No puedo perdonarte que hayas usurpado mi personalidad...

David Gellman no se vio en condiciones de seguir conduciendo. ¿Cómo iba a hacerlo si la Muerte estaba tras él?

¿Cómo iba a hacerlo si veía, por el rabillo del ojo, la guadaña...?

Quiso detener el coche. Quiso frenar.

Inútil. El coche siguió disparado hacia adelante como impulsado por una fuerza maligna, infernal, demoniaca.

David Gellman comprendió que aquella carrera era suicida.

—No consigo aminorar la marcha... —gimió.

—Ni lo conseguirás —dijo la Muerte—. He decidido que te estrelles. ¿O prefieres que con la guadaña te corte la cabeza de un tajo...?

—¡No! ¡No! —gritó desesperado David Gellman.

Intentaba frenar el coche, detenerlo. Por el contrario el coche iba cada vez a una velocidad mayor, más loca, más disparatada.

Vio a través del espejo retrovisor que otro vehículo lo seguía. Comprendió que era Errol Langg.

Pero ahora ya no le preocupaba lo más mínimo el detective. Ahora era la Muerte la que le hacía sentir como si lo sujetara, como si lo aferraba una mano gélida.

Sin embargo, seguía controlando bien el trazado de la carretera. A pesar de que sus manos, mojadas por el sudor, resbalaban peligrosamente por el volante.

—Bueno, el momento se acerca... —dijo la voz tenebrosa y espeluznante —. Dentro de poco te estrellarás... Te estrellarás contra un árbol, darás tres vueltas de campana y el coche arderá, contigo dentro, por sus cuatro costados...

—Soy un buen conductor —repuso David Gellman—. Siempre lo he sido. Maniobraré debidamente el volante y...

—¡AHORA! —exclamó la Muerte, y fue como si un juez inapelable acabara de sentenciar el momento en que el condenado había de ser ejecutado.

David Gellman sintió como si se produjera un cortocircuito en el interior de su cabeza, en el centro de su cerebro. Todo él quedó súbitamente paralizado.

* * *

Unos instantes después, Errol y Mónica que iban por la carretera en aquel otro vehículo, veían como el coche de David Gellman, a la deriva, haciendo

eses, se estrellaba aparatosamente contra un árbol, daba luego tres escalofriantes vueltas de campana y terminaba ardiendo pavorosamente...

FIN

GANE 1.000.000 DE PESETAS

GRAN CONCURSO MENSUAL

ESCRIBA SUS DATOS PERSONALES (EN MAYUSCULAS)

NOMBRE . . . .
APELLIDOS. . . . .
CALLE. . . . . .No . . . . .
POBLACION . . . .
PROVINCIA. . . . .
DATOS DEL QUIOSCO O LIBRERIA. . . . .
PLAZA O CALLE . . . . .No . . . . .
POBLACION . . . .
PROVINCIA. . . . .

CUPON VALIDO SOLO PARA ESPAÑA



• INSTRUCCIONES DEL CONCURSO EN EL INTERIOR.

BRUGUERA

PRECIO EN ESPAÑA
75 PTAS.
IMPRESO EN ESPAÑA